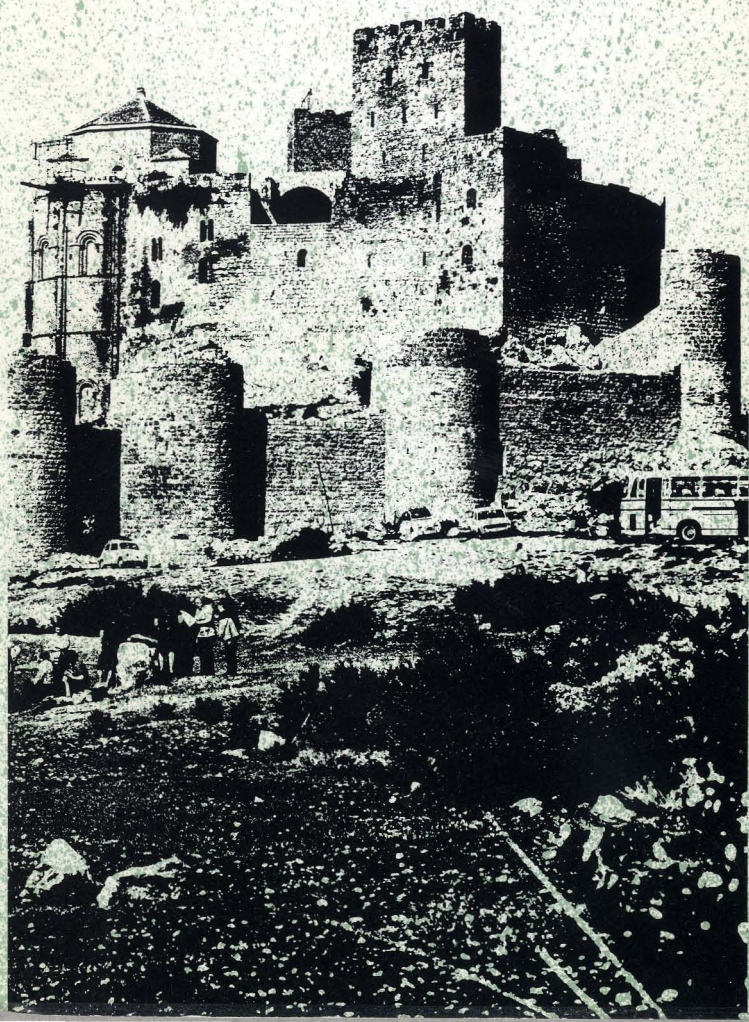


*Antonio Durán Gudiol*

# *El castillo de Loarre*



## El castillo de Loarre

En la montaña, a 1773 m. de altitud.

Este castillo, situado en una colina, es el más grande y mejor conservado de España. Fue construido por el rey Alfonso I el Batallador en el año 1120. El castillo tiene una forma rectangular y está rodeado por una muralla de piedra. En el interior del castillo hay una gran plaza y varias torres. El castillo de Loarre es un ejemplo perfecto de la arquitectura militar de la época.

El castillo de Loarre es un ejemplo perfecto de la arquitectura militar de la época. Fue construido por el rey Alfonso I el Batallador en el año 1120. El castillo tiene una forma rectangular y está rodeado por una muralla de piedra. En el interior del castillo hay una gran plaza y varias torres. El castillo de Loarre es un ejemplo perfecto de la arquitectura militar de la época.



Antonio Durán Gual

*El castillo*

**El castillo de Loarre**

guara editorial





Antonio Durán Gudiol

# El castillo de Loarre

guara editorial



Colección realizada con el patrocinio de la

CAJA DE AHORROS DE ZARAGOZA, ARAGON Y RIOJA

Fotografías: Joaquín Gil Marraco, Eugenio Benedicto y Jarke

© Antonio Durán Gudiol

Edita: Guara Editorial, S. A. José Oto, 24 - Zaragoza-14

I.S.B.N.: 84-85303-41-5

Depósito legal: 423-81

Imprime: Tipo-Línea, S. A. Mallorca, s/n. - Zaragoza-14

*Printed in Spain*



## Prólogo

*En el año 1971, con motivo de la conmemoración del IX Centenario de la fundación del monasterio de San Pedro del castillo de Loarre, la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja me publicó un librito de setenta páginas con ilustraciones, titulado El castillo de Loarre, coincidiendo con la VIII Fiesta de la Poesía que, organizada por Radio Huesca, debía celebrarse en el recinto del propio castillo. El mal tiempo impidió esta fiesta.*

*Guara Editorial ha creído conveniente insistir sobre la historia y el arte de Loarre y, accediendo a su invitación, he reelaborado aquella edición, tiempo ha agotada.*

*Los datos históricos aportados entonces no han tenido que ser variados en cuanto se refiere al período anterior al año 1100, estudiado en base a mis propias investigaciones. Pero sí han sido objeto de ampliación los correspondientes a la baja Edad Media, en virtud de una mayor profundización en el análisis de los documentos publicados por R. del Arco —con no pocas lecturas erróneas y que, extrañamente, este mismo benemérito historiador no utilizó como podía— en su monografía El castillo real de Loarre, Madrid, 1917.*

Como comprobará el lector que nos siga en este trabajo, nos hemos basado en una nueva teoría cronológica del románico aragonés, que hemos expuesto en nuestro estudio *Arte altoaragonés de los siglos X y XI, Sabinánigo, 1973, edición de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja*. Teoría que, hasta fines del siglo XI, divide en cinco etapas la cronología de la arquitectura aragonesa: es la primera la de los monumentos mozárabes de los valles de Serrablo, iglesias pequeñas con arcos de herradura en puertas y ventanas, como las de Gavín, Busa, Susín, Lárrede..., que arrancan del siglo X; la segunda abraza los monumentos prerrománicos, de impresionante sobriedad, contruidos por arquitectos del país de tradición mozárabe: Ruesta, el núcleo primitivo del castillo de Loarre, el monasterio de Lasieso...; la etapa del estilo lombardo, con sus características arcuaciones ciegas que, introducido en los dominios del rey Sancho el Mayor de Navarra a través de sus contactos con el obispo Oliba de Vic, apareció hacia 1025 en Aragón: la iglesia de San Caprasio de Santa Cruz de la Serós, la de Asieso y otras del Campo de Jaca; el románico europeo es la cuarta etapa, muy emparentado con la escuela languedociana, aparece primeramente en Santa María de Iguácel, en la Garcipollera (1072), prosigue en el monasterio de Loarre y se desarrolla en la catedral de Jaca y en el cenobio femenino de Santa Cruz de la Serós; y la quinta etapa, que llamaríamos monástica, menos exuberante y más funcional, produce la iglesia alta de San Juan de la Peña y la del monasterio de Montearagón, como más señaladas.

«No cabe duda —escribíamos hace nueve años— de que el día, no lejano afortunadamente, en que cuente con un buen camino de acceso, el conjunto loarrés se convertirá en lugar preferido del turismo popular y del turismo culto». El camino que se ansiaba, hace unos años que es una realidad. Y la experiencia posterior demuestra que la «profecía» se está cumpliendo.



*El castillo de Loarre —se ha dicho mil veces y es verdad— es una de las mejores fortalezas románicas de Europa, si no la mejor. Tiene la virtud de haber llegado hasta el día de hoy en prodigioso estado de gracia original.*

*No exagerará quien diga que Loarre es el monumento cumbre del arte aragonés, que aquí se manifiesta desde el indigenismo de un estilo prerrománico con raíces mozárabes, sin concesiones a la floritura ni a la imaginación, hasta la epifanía del románico europeo tras la apertura del reino efectuada por el rey Sancho Ramírez. En la historia del país, Loarre representa el abrazo entre Aragón y Europa.*

### Los orígenes

Aunque con alguna incertidumbre, los investigadores de la España romana admiten que Loarre es la *Calagurris* *Pons*. Acerca de cuyos habitantes, siguiendo el ejemplo de los celtas, ofrecieron a Julio César su amistad y una numerosa ayuda en trigo y hombres para luchar contra los pompeyanos del general Afranio, los cuales fueron vencidos en la batalla de Lerida, el 2 de agosto del año 49 antes de Cristo.

Se supone también que la *Calagurris* Loarre (hoy día de la *Calagurris* *Nativa*, que es Calahorra de Huesca) era residencia del obispo Jenaro que, con el título de *Florentius*, asistió al concilio de Elvira en los primeros años del siglo IV.

El hallazgo de monedas romanas —y aún ibéricas— en las cercanías del castillo demuestra la posibilidad de una población loarresa muy anterior a la alta Edad Media.

Ninguna noticia se ha conservado de Loarre durante la dominación musulmana. En las obras de restauración





# I. Historia

## Primera época del castillo

### *Los orígenes*

Aunque con alguna reticencia, los historiadores de la España romana admiten que Loarre es la *Calagurris Fibulariensis*, cuyos habitantes, siguiendo el ejemplo de los oscenses, ofrecieron a Julio César su amistad y una sustanciosa ayuda en trigo y hombres para luchar contra los pompeyanos del general Afranio, los cuales fueron vencidos en la batalla de Lérída, el 2 de agosto del año 49 antes de Cristo.

Se supone también que la Calagurris-Loarre (distinta de la *Calagurris Nassica*, que es Calahorra de Rioja) era residencia del obispo Jenaro que, con el título de *Fibularia*, asistió al concilio de Elvira en los primeros años del siglo IV.

El hallazgo de monedas romanas —y aún ibéricas— en las cercanías del castillo demuestra la posibilidad de una población loarresa muy anterior a la alta Edad Media.

Ninguna noticia se ha conservado de Loarre durante la dominación musulmana. En las obras de restauración

de la portada del castillo, al derribar la hospedería del siglo XVIII que la ocultaba, se encontró una pequeña ventana de piedra con doble arco de herradura, mainel y alfiz, correspondiente al estilo de las iglesias mozárabes de la cuenca del Gállego (Lárrede, Busa, Gavín). Está claro que el indicio es pequeñísimo, pero podría hacer sospechar si, en los siglos IX y X, Loarre sería una población cristiana (mozárabe) sujeta al castellán moro de Bolea, la más importante plaza musulmana de la Sotonera, comarca plenamente islamizada. Y bien pudiera ser que el enclave cristiano de Loarre explicase la razón de su conquista por Sancho el Mayor de Navarra dentro del quinquenio 1016-1020: este célebre rey, después de liberar el condado de Aragón (desde Ansó-Hecho hasta Acumuer y desde el Pirineo hasta Sodoruel), se apoderó de la región mozárabe de Serrablo y prosiguió la lucha contra los moros hasta reconquistar los antiguos condados de Sobrarbe y Ribagorza, conquistando, de paso de uno a otro, la ribera islamizada del Cinca. Pienso que una verosímil inteligencia entre las guarniciones navarro-aragonesas del valle de Rasal y los mozárabes de Loarre —separados por la sierra que va de los Mallos de Riglos hasta el pico de Monrepós— haría relativamente fácil la incorporación de la población loarresa al reino de Sancho el Mayor, constituyendo un valioso enclave, prontamente fortificado, en la Sotonera islamizada y frente a la poderosa fortaleza de Bolea.

Consta con certeza la existencia del castillo de Loarre durante el reinado de Sancho el Mayor gracias al único documento que se ha conservado original de la cancillería del rey navarro. Se guarda en el Archivo de la catedral de Huesca y se refiere a la donación de las villas altoaragonesas de Centenero y Salamañana (hoy pardinas, cerca de Anzánigo), hecha por aquel monarca a favor del influyente conde Sancho Galíndez —procedente de la Garcipollera—, con fecha del 14 de abril de 1035. En la tercera columna del escatocolo del diploma se registra, entre los prohombres del reino, el nombre



del *senior Lope Sangiç in Luar*: Lope Sánchez, tenente del castillo de Loarre.

Una tradición local sostiene que el conde Julián, el ultrajado por el rey Rodrigo o por Witiza con la violación de una hija suya, el «traidor» que abrió en el año 711 a Tarik las puertas de la España visigoda, vivió y murió en la fortaleza de Loarre bajo la dominación musulmana. Según Gerónimo de Blancas fue encerrado por los moros en el castillo loarrés, donde pasó el resto de sus días fuertemente sujeto por cadenas. El P. Mariana consigna que en su tiempo y en Loarre se enseñaba el sepulcro del conde Julián, «de piedra, fuera de la iglesia del castillo, do dicen comúnmente estuvo sepultado». El benemérito historiador altoaragonés, \*P. Ramón de Huesca, escribió a este propósito: «El mencionado sepulcro estaba en lo alto de la escalera frente a la puerta de San Pedro, donde lo he visto algunas veces. Años pasados —escribía en 1796— lo abrieron algunos hombres que hicieron varias excavaciones en el castillo, buscando tesoros y no antigüedades; y según me han informado, hallaron dentro los huesos de un cadáver, una espada y un pergamino, el que destrozaron sin llegar a las manos de quien pudiera leerlo. No sé si estos mismos o algunos otros, poseídos del celo de Blasco de Lanuza, quien dice debiera quitarse de allí aquella memoria, porque no la hubiera tan grande de uno de los hombres más malos que ha tenido el mundo, lo han quitado y deshecho, de modo que no parece en parte alguna».

### *De Ramiro I a Pedro I*

El 18 de octubre de 1035 murió el rey Sancho el Mayor de Navarra y sus dominios fueron repartidos, como es bien sabido, entre sus cuatro hijos, correspondiendo a Ramiro I el reino de Aragón-Serrablo y al hermano de éste, Gonzalo, el de Sobrarbe-Ribagorza. Al morir éste



sin sucesión en 1043 los dos nuevos reinos pirenaicos se unieron en la persona de Ramiro I.

Se ha creído que el rey Gonzalo obtuvo, dentro del reino aragonés, el dominio del castillo de Loarre. Pero no es cierto: Loarre fue siempre de la jurisdicción de Ramiro I, debiéndose aquella creencia a una falsa interpretación del topónimo *Loarte*, que no se refiere a Loarre, sino al castillo de Llort en el noroeste del condado de Pallars, lindante con el de Ribagorza.

Durante el reinado de Ramiro I, que se sepa, la tenencia de la fortaleza loarresca fue ejercida por el *senior* Fortuño Aznárez, citado en documentos del año 1046, y por el *senior* Lope Garcés, según noticias documentales que van del 1054 al 1064. En este período debió de ser de capital importancia el papel desempeñado por el castillo de Loarre, cuando en 1057-1058 el rey Ramiro I intentó conquistar la plaza de Bolea con la complicidad de algunos mozárabes y de algunos moros de la Sotonera y de la Hoya de Huesca. Aunque llegó a entregarse al aragonés, al menos nominalmente, el fuerte de Puibolea, la intentona fracasó y los cómplices del monarca cristiano fueron duramente castigados por las autoridades musulmanas. Sin embargo, la fortaleza de Loarre no sufrió daños ni se alteró su estado, pudiendo continuar en su misión de vigía y de amenaza sobre la islámica Sotonera.

En la década de los años 70 del siglo XI, el hijo y sucesor de Ramiro I, el rey Sancho Ramírez, revitalizó la fortaleza de Loarre, uniendo a su función militar una misión religiosa, mediante la fundación de un monasterio de canónigos regulares de San Agustín, de la que trataremos con detalle.

Fue nuevamente Loarre base estratégica para una nueva intentona contra Bolea, en 1083, esta vez con éxito pasajero, porque la plaza fue conquistada, pero el rey Sancho Ramírez no pudo retenerla y la perdió al

poco tiempo. Los documentos conservados no citan ningún *senior* en Loarre desde 1064 hasta este año y el siguiente, en que la tenencia estaba confiada a García Sánchez, un prohombre procedente, al parecer, de la población de Grasa, en el valle del Guarga.

Nuevamente las fuentes documentales registran con frecuencia el nombre del tenente loarrés entre los años 1091 y 1114: Fortuño López, que debió de desempeñar un papel muy importante en la segunda y definitiva conquista de Bolea que, después de la conquista de la Hoya de Huesca, completamente aislada, permanecía fiel a Mostaín II, rey moro de Zaragoza. El ejército de Pedro I, partiendo de Loarre, Marcuello, Ayerbe, Aniés y Huesca, atacó Bolea en el mes de septiembre de 1101. Los moros de Zaragoza, al tener noticia del ataque, enviaron una expedición de auxilio que presentó batalla a los aragoneses en las proximidades de Bolea en octubre. Vencieron éstos y Bolea tuvo que rendirse, siendo confiada la tenencia de su castillo al *senior* de Loarre, Fortuño López.

## El monasterio de San Pedro

### *Política del rey Sancho Ramírez*

El rey Sancho Ramírez peregrinó en 1068, cuando contaba veinticinco años de edad, a San Pedro de Roma. Fue seguramente este viaje un éxito de la misión diplomática del cardenal Hugo Cándido, que había sido enviado unos años antes por el papa Alejandro II, a título de legado pontificio, con la misión de estrechar las relaciones entre la Santa Sede y los reinos cristianos hispánicos.

La peregrinación del monarca fue un hecho importante en la historia aragonesa, ya que implicó la apertura



del reino de Aragón a Europa, de considerables consecuencias en todos los órdenes: el religioso, el político, el comercial, el artístico...

La Roma papal que conoció Sancho Ramírez en su viaje, abrigaba vivos sentimientos de reforma de la Iglesia y luchaba con energía, principalmente contra tres graves males: la simonía, la intromisión de los laicos en los asuntos eclesiásticos y la clerogamia. A la sazón, a la antigua corriente reformadora surgida en la célebre abadía borgoñesa de Cluny a fines del siglo X, se había añadido otra, acaudillada por el arcediano Hildebrando, futuro papa con el nombre de Gregorio VII.

La reforma cluniacense se basaba en los monasterios benedictinos; la de Hildebrando —llamada gregoriana— promovía como movimiento reformador la institución canonical que, en su intento de aproximar la clerecía al monacato, propugnaba la vida en común de los clérigos, el canto del oficio divino en el coro y la pobreza, de manera que los canónigos no poseyeran bienes, ni pudieran disponer de ellos. Por lo que se refería a España, como parte de la reforma gregoriana, la Santa Sede deseaba la sustitución de la liturgia hispánica, conocida con el nombre de mozárabe, por la romana, en su intento centralizador de ligar las iglesias españolas a la de Roma.

El cardenal Hugo Cándido actuó entre los años 1065 y 1067 en Cataluña, Navarra, Castilla y, probablemente, Aragón, cuyo rey, como hemos apuntado ya, atrajo a la órbita romana. Por su parte, el abad Hugo de Cluny, que desplegó una gran actividad en la vecina provincia eclesiástica de Auch entre 1061 y 1070, se interesó también por los asuntos aragoneses. La convergencia sobre un mismo objetivo de las dos corrientes reformadoras, la romana y la cluniacense, motivó algunas discrepancias entre el cardenal y el abad que, en un primer tiempo, fueron zanjadas por el papa Alejandro II en 1073, al



retirar, excomulgándolo, su confianza a Hugo Cándido. Pero muerto este papa, su sucesor, Gregorio VII, le rehabilitó y le confió una nueva legación en España, al tiempo que conminaba a Hugo de Cluny a trabajar en la reforma de acuerdo con el cardenal.

Sancho Ramírez, en sabia política ecléctica, aplicó en su reino las dos tendencias reformadoras: la gregoriana y la cluniacense; accedió a la sustitución de la liturgia mozárabe por la romana y se declaró vasallo de San Pedro de Roma junto con sus dominios. Este nuevo rumbo político de Aragón, que supuso la europeización del reino, se realizó en el año 1071.

Los cluniacenses y su abad Hugo eran bien conocidos en Aragón por su actuación en los condados situados al norte del Pirineo aragonés. Y se encargaron de implantar su reforma mediante la fundación de dos monasterios-madres: San Juan de la Peña y San Victorián, a los que fueron sometidas viejas abadías de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, arruinadas a raíz de las tremendas campañas de 999 y 1006, llevadas a cabo por Almanzor y su hijo Abd al-Malik, respectivamente. Estas abadías antiguas, rebajadas a la categoría de prioratos, debían ser revitalizadas bajo la regla de san Benito. A San Juan de la Peña fueron incorporados los antiguos monasterios de Fuenfría (Salvatierra de Escá), San Juan de Ruesta, San Martín de Ciella (Ansó), San Martín de Cercito (Acumuer) y San Juan de Matidero (Sobrarbe); y a San Victorián los de Santa María de Obarra y San Pedro de Taberna (Seira).

La *Crónica de San Juan de la Peña* informa de cómo a la reforma cluniacense —y sucedió lo propio con la gregoriana— se unió la sustitución de la liturgia mozárabe por la romana: «En verdad que, reinando el rey Sancho Ramírez de Aragón, antes de que fuese rey de Navarra, entró la ley romana en San Juan de la Peña el 22 de marzo, martes de la segunda semana de Cuares-

ma; la hora de tercia fue toledana (mozárabe) y la de sexta, romana; en el año de Nuestro Señor 1071; y desde entonces se guardó la ley romana».

La reforma gregoriana se implanta en el monasterio de Fanlo y en Loarre en el mismo año 1071. Y más tarde, en las catedrales de Jaca (1076) y Roda de Isábelna (1092), culminando con la fundación de la abadía de Montearagón en 1093.

### *El monasterio de San Andrés de Fanlo*

Había en la región mozárabe de Serrablo, situada en la ribera del Gállego, entre los condados de Aragón y Sobrarbe, y cerca de la villa de Ipiés, un monasterio llamado de San Andrés de Fanlo, cuya existencia está documentada, por lo menos, desde el año 958. Este monasterio conoció días de gran expansión patrimonial durante el abadiato de Banzo, entre 1035 y 1070. Sancho Ramírez escogió precisamente esta abadía serrablesa para instaurar en ella la primera institución canocical aragonesa, promovida, como sabemos, por la Santa Sede en la reforma gregoriana. El abad Banzo, sin duda militante de la tradición y de la liturgia hispánicas, se opuso al plan del rey y éste le depuso. Con el consentimiento de Aquilino, primer abad de San Juan de la Peña, Banzo se refugió en el monasterio de San Martín de Cercito, a la sazón priorato dependiente del cenobio pinatense. La deposición debió de ejecutarse a fines de 1070 o a principios de 1071.

Fue elegido nuevo abad de Fanlo —seguramente por el propio Sancho Ramírez—, que rigiera el monasterio de conformidad con la regla de san Agustín, un monje de la misma abadía, llamado Jimeno, hermano de Iñigo Vita y Sancho Vita, cuya familia era seguramente originaria de la villa de Ipiés.

Los documentos conservados no explican que la depo-



sición del abad Banzo estuviera relacionada con la reforma canónica de su monasterio de Fanlo. Pero es presumible dada la coincidencia de fecha y la certeza de la reforma fanlesa, cuya noticia es dada por la *Crónica de San Juan de la Peña*, la cual, en sus tres versiones (catalana, latina y aragonesa), afirma que el rey Sancho Ramírez instituyó la *canonía*, el *canonicatum* o la *canonía* de Jaca y de Fanlo.

### *El monasterio de Loarre*

Dentro del marco de la reforma gregoriana, se procedió a la fundación de un nuevo monasterio de canónigos regulares en el castillo de Loarre. Un documento, considerado falso, explica que el 18 de octubre de 1071, desde Letrán, el papa Alejandro II expidió la bula *Quamquam sedes*, por la que tomaba bajo la protección apostólica la nueva fundación debida al rey Sancho Ramírez con la intervención del cardenal Hugo Cándido. Está dirigida a «Simeón, prepósito del monasterio de San Pedro de Loar in Aragona provincia. No es seguro que el documento, tal como nos ha llegado, sea falso, pero sí parece claro que se trata de un diploma adulterado por los canónigos montearagoneses a propósito de los pleitos sobre exención episcopal que promovieron en el siglo XII contra los obispos de Huesca-Jaca. Su testimonio es sustancialmente válido.

Es de destacar en el citado privilegio pontificio que la nueva canónica loarresa había de ser presidida por un «prepósito» y no por un abad. Ello indica que la fundación de San Pedro de Loarre fue hecha siguiendo una modalidad diferente a la reforma del monasterio de Fanlo: en éste la autoridad era ejercida por el abad con cierta independencia del obispo diocesano; aquél fue puesto bajo la jurisdicción episcopal.

A pesar de que, por ahora, no se puede atribuir a



mi opinión más categoría que la de una simple hipótesis de trabajo, me parece será de interés dejar constancia de la verosimilitud de que la canónica agustiniana de Loarre fuera una fundación realizada por el infante García antes de su elevación al episcopado a raíz de la fundación del obispado de Jaca en 1075-1076.

Hay una razón de peso para la formulación de la citada hipótesis: siendo el infante García obispo y con motivo de la erección de la catedral de Jaca en 1076, introdujo en ella una comunidad de canónigos regulares. En el documento que otorgó en esta ocasión, el obispo-infante cede a la canónica jaquesa «cuanto pertenece al derecho episcopal en Loarre, más las casas que allí ha edificado recientemente». Ciertamente es difícil calibrar el alcance de esta frase, pero parece debe ser puesto fuera de duda que las únicas «casas» edificadas en Loarre antes del año 1076 sólo podían ser las dependencias monásticas anexas al castillo de los tiempos de Sancho el Mayor. Y que «cuanto pertenecía a la jurisdicción episcopal» en esta fortaleza únicamente pudo ser la canónica allí fundada, ya que es improbable que García se refiriera a una simple iglesia parroquial.

Por otra parte, una bula atribuida a Gregorio VII y falsificada en la curia romana a mediados del siglo XII, ha conservado la creencia entonces imperante de que fue precisamente el obispo-infante García el adalid de la reforma gregoriana en Aragón, al afirmar que, gracias a su guía y consejo, fue posible en el reino aragonés desterrar «la superstición de la ilusión toledana y la implantación de la ley y de las costumbres romanas».

Estos testimonios documentales, aun habida cuenta de su precariedad, parece que permiten formular la hipótesis de que San Pedro de Loarre fue fundado por el infante García de acuerdo con su hermano, el rey Sancho Ramírez, la alteración de cuyas relaciones personales dieron más tarde un nuevo rumbo a la canónica loarresa, como veremos en seguida.

Ante la grandiosidad y magnificencia del monasterio de Loarre, que supera en mucho las construcciones del monasterio de San Juan de la Peña, por ejemplo, y las de la abadía de Montearagón, más tarde, puede preguntarse el historiador acerca del plan o de la intención que abrigaron el rey y el infante al proceder a la edificación loarresa. Anteriormente el reino de Aragón, eminentemente rural, no había conocido más que iglesias pequeñas, muy reducidas. La obra de la canónica de Loarre, pues, en su grandiosidad, no tenía precedentes en el país. Es posible que este interrogante no obtenga jamás una respuesta satisfactoria, por falta de testimonios. Puede que la intención del rey y del infante, de acuerdo con las normas romanas y con las necesidades del reino, fuera establecer en Loarre el centro diocesano que, evidentemente, necesitaba una diócesis como la de Huesca, a la sazón dividida por la frontera política que separaba el Aragón cristiano y libre del territorio diocesano sujeto a las autoridades musulmanas. ¿Se pretendió dar al obispo mozárabe de Huesca una sede provisional en el castillo-monasterio de Loarre? ¿O intentarían la restauración del obispado de Fibularia, que, como dijimos, se cree tuvo su sede en la *Calagurris Fibulariensis*? Imposible contestar estos interrogantes.

Lo cierto es que el rey y el infante, a poco de la fundación de Loarre, procedieron a la creación del obispado de Jaca, ciudad recién fundada por Sancho Ramírez, con territorio desmembrado del obispado de Huesca. Y que para ocupar la nueva sede, aprobada con reticencias por Gregorio VII, fue elegido el infante García en 1075, aproximadamente. No antes de este año se inició la construcción de la catedral jacetana, el único edificio que supera en grandiosidad a San Pedro del castillo de Loarre.

Prosiguiendo en la línea de la reforma gregoriana, García introdujo en la recién erigida catedral de Jaca, como hemos apuntado, la regla de san Agustín. Fue en



1076, en junio de cuyo año Sancho Ramírez sucedió en el reino de Pamplona a su primo hermano, el rey Sancho de Peñalén, asesinado por sus hermanos.

### *Desavenencias entre el rey y el obispo-infante*

Durante los años siguientes se altera y complica la política eclesiástica navarro-aragonesa. Sancho Ramírez, según parece, se apartó un tanto de las directrices reformatorias romanas y él mismo cayó en uno de los males combatidos con tenacidad por la Santa Sede, entrometiéndose en el nombramiento de obispos. Ya hemos dicho que nombró para la diócesis de Jaca, creada sin el pleno consentimiento de Gregorio VII, a su hermano, el infante García. En 1077 murió el obispo de Pamplona, Blasco, y el rey navarro-aragonés dio en encomienda la sede pamplonesa al mismo obispo-infante. Completó su apartamiento de la Santa Sede, cuando en 1080 Sancho Ramírez se opuso a una expedición militar que, al mando de Guillermo VIII, duque de Aquitania, entró en Aragón para combatir a los moros. El fracaso de esta expedición debió de desagradar hondamente a la corte pontificia, cuya reacción no se hizo esperar.

En efecto, entre 1079 y 1081, un nuevo legado papal para España, el cardenal Ricardo, se movía por tierras de Castilla; y otros dos, el abad Frotardo de St. Pons de Thomières, y el obispo Amado de Olorón, actuaban en Bearn y Cataluña. Ninguno de los tres mantuvo relaciones con Aragón y Navarra, hasta que el cardenal Ricardo, en el mismo año 1080, escribió a Sancho Ramírez una carta concebida en duros términos, acusándole «de buscar en sus obras más el favor de los hombres que el temor de Dios», al tiempo que le ponía en guardia contra «ciertos conspiradores», aliados con prohombres del reino, «de quienes cabía esperar la destrucción de la Iglesia».



Aunque el cardenal no descubre en su carta los nombres de los «conspiradores», los acontecimientos posteriores dan a entender que su cabeza era el obispo-infante García. La insidia del cardenal surtió efecto y pronto se rompen las relaciones entre el rey y el infante-obispo, abriéndose entre los dos hermanos una profunda enemistad, azuzada por la hermana de ambos, la condesa Sancha, viuda del conde Ermengol III de Urgell, el conquistador de Barbastro en 1064, y fundadora del monasterio benedictino femenino de Santa Cruz de la Serós, en alianza con el obispo Raimundo Dalmacio de Roda y con el legado pontificio, abad Frotardo.

La primera manifestación de la caída en desgracia del obispo-infante García corresponde al año 1082, en que Sancho Ramírez procedió a la reforma canonical del monasterio de San Pedro de Siresa (valle de Hecho) sin contar con su hermano y entregando el cenobio en encomienda a la condesa Sancha, a la cual confió también la sede de Pamplona, que tuvo hasta este momento el infante-obispo. Pronto fue éste acusado de traición a favor de Alfonso VI de Castilla.

Un influyente aragonés —quizá de procedencia franca— llamado Pepino, sostenido por la condesa Sancha, previno al rey Sancho Ramírez contra su episcopal hermano, en el sentido de que éste planeaba subvertir el reino de Aragón en beneficio del imperio castellano. El obispo García, ante el partidismo de los legados pontificios a favor del rey navarro-aragonés y la amenaza que sobre él pesaba de «perder los ojos de su cabeza», no tomó más iniciativa que la de buscar el apoyo de Alfonso VI para que éste hallara una solución a las desavenencias con su real hermano. Efectivamente, el castellano reunió al rey navarro-aragonés y al obispo de Jaca en su tienda de campaña, establecida frente a la ciudad de Zaragoza, hacia el 6 de julio de 1086 y consiguió que los dos hermanos, hijos de Ramiro I, se reconciliaran. De vuelta de Zaragoza, el obispo-infante

enfermó y murió en Anzánigo el 17 del mismo mes de julio.

### *Jimeno, abad de Fanlo y de Loarre*

Los acontecimientos que acabamos de narrar torcieron el rumbo de la canónica de San Pedro del castillo de Loarre, que Sancho Ramírez se apresuró a sustraer de la jurisdicción del obispo García de Jaca, confiando su gobierno al abad Jimeno de Fanlo. Fue ello en los últimos meses del año 1082. Así, entre el 1 y el 7 de enero de 1083, Sancho Ramírez concedía un privilegio «al abad Jimeno de Fanlo y de Loarre», aprobando un cambio de huertos efectuado por éste y el abad Sancho de San Pedro de Lasieso, monasterio recientemente fundado por un hermanastro del rey, el conde Sancho Ramírez, que, a la sazón, gobernaba el condado de Ribagorza en nombre del rey. Unos días después, el 11 del mismo mes de enero, el abad Jimeno, «junto con la congregación de los clérigos y laicos de Fanlo y de San Pedro de Loarre», era autorizado por el rey Sancho Ramírez, estando en La Peña, para proceder a la población de viñedos de los términos de Ipiés y Lerés. En el escatocolo del oportuno diploma librado por la cancillería real figura la condesa Sancha como tenente aún del monasterio de Siresa.

En los años siguientes la alta política de la corte navarro-aragonesa está en manos del abad Frotardo de Thomières, legado pontificio, dedicado a imponer clérigos franceses en los primeros puestos eclesiásticos de los dos reinos: como Pedro de Rodez en la sede de Pamplona (1084) y otro Pedro en el obispado de Jaca (1086). En el plano internacional, Frotardo logró que Sancho Ramírez acogiera la intervención de un ejército compuesto por Eudes I, duque de Borgoña, Ramón de St. Melun, y numerosos borgoñones, normandos, provenzales y languedocianos, venido a España en principio



para ayudar a Alfonso VI de Castilla en lucha contra los ejércitos musulmanes de Yúçuf que había penetrado en sus fronteras. Sancho Ramírez aceptó los servicios de los expedicionarios, al frente de los cuales sitió la ciudad de Tudela.

Obra también, sin duda, del abad Frotardo, fue en 1088 la formalización del vasallaje a San Pedro de Roma por parte de Sancho Ramírez, en cumplimiento de la promesa que hiciera en su peregrinación de 1068 a la capital de la cristiandad.

En el plano de la lucha contra los moros parece ser que en este período Sancho Ramírez decidió emprender formalmente la conquista de Huesca, campaña a la que dio un matiz predominantemente religioso, según se desprende de una decisión tomada previamente: la fundación de un nuevo monasterio de canónigos regulares, el de Montearagón, en el corazón de la islamizada Hoya de Huesca y a escasos kilómetros de la ciudad, concibiéndolo a un tiempo como fortaleza militar y como centro religioso.

### *El monasterio de Montearagón*

En la primavera y verano de 1089 el abad Frotardo se encontraba en Roma y ponderaba al papa Urbano II los méritos del rey Sancho Ramírez de Aragón y de Navarra y los de su hermana, la condesa Sancha. Y obtuvo del pontífice la bula *Iusta fidelium*, fechada en Roma el 1 de julio, por la que Urbano II tomaba bajo la protección de la Santa Sede el monasterio de Montearagón, al propio rey y a sus reinos, y dictaba normas sobre la elección de abad y sobre las relaciones con los obispos diocesanos, salvaguardando los derechos de éstos, a saber, la percepción de la cuarta parte de los diezmos y los de consagraciones. El privilegio papal termina exhortando a los canónigos montearagoneses a que recen por el rey y por la condesa.



Es de destacar en esta bula que el papa sancionó la teoría de las «capillas reales», de las que el rey podía disponer a su arbitrio sin contar con los obispos diocesanos. Sospecho que se trata de un hallazgo legal del abad Frotardo con el fin de soslayar su teórica obligación, como legado pontificio, de evitar la intromisión de los laicos en los asuntos eclesiásticos, una de las principales metas de la reforma gregoriana, que había perdido ya mucho de su vigor. Años más tarde, el rey Pedro I dirá que esta bula le costó a su padre, Sancho Ramírez, «muchos ruegos y regalos».

El privilegio papal fue dirigido «a los hermanos regulares de la iglesia llamada de Jesús Nazareno», cuando la nueva canónica no era más que un proyecto, puesto que, hasta el año 1093, Montearagón sólo fue una fortaleza erigida en el centro del valiato de Huesca.

El rey Sancho Ramírez supo agradecer al abad Frotardo sus excelentes oficios. Y así, a pesar de las dificultades creadas a éste por el arzobispo Dalmacio de Narbona en los años 1089-1091, el monarca navarro-aragonés, en prueba de máxima confianza, le entregó en 1093 su propio hijo, el futuro rey Ramiro II el Monje, para que fuera educado en el monasterio de Thomières.

Hacia mayo de 1088, Sancho Ramírez inició la fortificación del altozano de Montearagón con el fin de apoyar una seria acción guerrera que condujera a la conquista de la ciudad de Huesca. Su defensa fue confiada a cinco *seniores*: Forti Fortiz, Pedro Sánchez, Fortuño Ariol, Sancho Ferrández y Fortuño Sánchez, todos ellos citados por los documentos como tenentes de Montearagón entre los años 1088 y 1092.

En 1093 se comienza la construcción de la iglesia del monasterio que, seguramente, fue terminada y consagrada en 1099. El 4 de mayo de 1093 el rey otorgaba un privilegio de dotación del nuevo cenobio, al que concedía varias iglesias situadas en los reinos de Aragón

y Navarra —basándose en la teoría de las «capillas reales»—, más la mezquita mayor de Huesca, todavía en poder de los moros, y los diezmos del territorio comprendido entre los ríos Gállego y Alcanadre.

Es de notar que, prácticamente, el privilegio real de Montearagón no dejaba un espacio entre el Gállego y el Alcanadre para que no pudiera cómodamente reorganizarse el obispado de Huesca. Esta situación creada por Sancho Ramírez provocó ruidosos pleitos y diferencias entre el obispo y el abad montearagonés a partir de la misma fecha de la conquista de la ciudad de Huesca.

El 21 de abril de 1094 se encontraba el Loarre el rey, acompañado de una importante comitiva de eclesiásticos: los abades Frotardo de Thomières, Aimerico de San Juan de la Peña, Ramón de Leyre y los obispos Pedro de Pamplona y Pedro de Jaca. En esta ocasión los dos prelados, el pamplonés y el jacetano, llegaron en presencia del rey a un acuerdo acerca de la pertenencia de las iglesias de Agüero y Murillo de Gállego, reconociéndose el derecho de Pamplona sobre las mismas. Posiblemente, tomadas en Loarre las últimas medidas, desde este castillo partió Sancho Ramírez al cerco de Huesca, con ánimo de tomar la ciudad. No lo logró, y junto a las murallas de ésta encontró la muerte el 4 de junio del mismo año 1094.

Dos años después, en noviembre de 1096, el rey Pedro I de Aragón y Navarra, hijo y sucesor de Sancho Ramírez, conquistó Huesca. Continuator de la política de su padre, pobló al año siguiente de canónigos regulares el monasterio de Montearagón, al que constituyó cabeza de una congregación de la que pasaron a formar parte las canónicas de Loarre, Fanlo y Siresa. Nombró abad a Jimeno, que hasta este momento lo fuera de Loarre y Fanlo. La anexión de Siresa, que sólo fue temporal, se explicará sin duda por la renuncia de la condesa Sancha a la encomienda que tenía, a favor del



nuevo cenobio de Montearagón, del que fue bienhechora. Estando en Murillo de Gállego, el 4 de diciembre de 1097, Pedro I concedió la villa de Ipiés al abad Jimeno, a quien el diploma da los títulos de «abad de la iglesia de Montearagón, de Loarre, de Fanlo y de Siresa».

Es posible que fueran los mismos canónigos loarreses quienes, junto con su abad, poblaron los primeros Montearagón en 1097. Las ventajas que ofrecía el emplazamiento de este monasterio cerca de la ciudad de Huesca eran muy superiores a las que pudiera tener el castillo de Loarre, que quedó despoblado de canónigos. Este abandono, tras su corta vida monástica de 1071 a 1097, es detectado por los documentos de la época, los cuales citan, desde 1098 hasta 1118 —año en que murió el abad Jimeno—, a éste como titular de Montearagón y Fanlo, ocasionalmente como superior de Siresa y nunca como abad de Loarre. En una concordia establecida en 1103 entre el abad Jimeno y el obispo Esteban de Huesca-Jaca, se nombra a Loarre como simple iglesia perteneciente al abadiado de Montearagón.

También la iglesia de Bolea, aun antes de su definitiva conquista de 1101, fue concedida a la canónica montearagonesa, la cual, al proceder a la organización eclesiástica de sus considerables territorios jurisdiccionales, la erigió en prioral, título al que, en buena lógica, mejor derecho tenía la extinguida canónica loarresa.

## El castillo secularizado

Hasta la fundación de la abadía de Montearagón, el monasterio de San Pedro del castillo de Loarre, sustraído de la jurisdicción episcopal y sometido directamente a la de la Santa Sede, disfrutaba del título de «capilla real». Según las fuentes montearagonesas, la capilla real



se financiaba con el diezmo de las parias correspondientes al rey y con las rentas de las iglesias de patronato real que el monarca le asignaba de acuerdo con la costumbre navarro-aragonesa, explícitamente reconocida por el papa Urbano II en 1089, que atribuía a la corona la facultad de distribuir libremente las iglesias de territorios conquistados a los musulmanes, a excepción de las catedrales y monasterios y, probablemente, de las parroquias de feligresía mozárabe.

Correspondía a la capilla real la prestación de los servicios religiosos al rey en campaña. A este fin estaba gravada con los gastos de transporte y mantenimiento de la tienda-capilla: dos acémilas —una para llevar el altar y ornamentos litúrgicos, otra para cargar la tienda—, los acemileros y los clérigos necesarios.

En la avenencia de 1103 entre el obispo Esteban de Huesca y el abad Jimeno de Montearagón sobre el reparto de las parroquias sitas entre los ríos Gállego y Alcanadre —zona recién conquistada por los aragoneses—, se certifica que el rey Sancho Ramírez, en prueba de su predilección por Montearagón y por consejo del papa Urbano II, sujetó a la nueva abadía la iglesia de Loarre «que hasta entonces había presidido las demás iglesias». En adelante el monasterio loarrés es secularizado y eclesiásticamente no será más que una simple iglesia parroquial, adscrita a la jurisdicción de la abadía montearagonesa, volviendo el castillo al brazo secular y, por ende, a la corona aragonesa, que confiará su custodia a *tenentes* o *seniores* y *alcaldes*.

Se ha conocido ya en páginas anteriores al teniente del castillo de 1091 a 1114, el *senior* Fortuño López, a quien fue encomendada también la tenencia del de Bolea a raíz de la conquista de esta villa.

Le sucedió en ambos *seniorados* Pere Petit, personaje quizá de procedencia franca, afincado posiblemente en Plasencia del Monte. Sus nombre y cargo aparecen fre-

cuentemente en la documentación hasta el año 1133. Es probable que fuera una de las víctimas de la desgraciada batalla de Fraga, en 1134, que costó la vida al propio rey Alfonso I el Batallador.

Tras una corta tenencia por Sancho Juanes, los dos castillos de Loarre y Bolea fueron separados, figurando como tenente del primero, desde 1134 hasta 1140, Lope Fortuñones, y de 1145 a 1169 un prohombre llamado Arpa, señor de Olivito, que en 1135 era probablemente mayordomo del rey Ramiro II el Monje.

El último de los tenentes conocidos del castillo loarrés es Jimeno de Artusella, *senior* también de Bolea, el cual aparece en documentos de 1172 como alférez del rey y de 1174 como mayordomo de Alfonso II de Aragón, a cuyo servicio estuvo hasta la muerte de este monarca, acaecida en 1196. Fue muy favorecido por éste, de quien recibió las donaciones del puerto de Salou y de otras heredades en el Campo de Tarragona.

### *Población de Loarre*

Durante el siglo XII, al desplazarse el centro de gravedad de la dinámica expansiva aragonesa, se produjo en las comarcas bajas de la actual provincia de Huesca una intensa política de repoblación de antiguos castillos y almunias, convertidos en villas y pueblos. Aunque no hay datos precisos, parece que, al perder su importancia militar, el castillo de Loarre, en el curso de la misma centuria, debió de ser poblado, asentándose un núcleo poblacional en las faldas oriental y meridional de la roca loarresa fortificada y otro en el lugar de la actual villa, conocido como Burgo de San Esteban de la Huerta, con iglesia propia. La finalidad de esta población es obvia: la mejor explotación de las tierras jurisdiccionales del castillo para que la casa real obtuviera el mayor rendimiento posible.



La jurisdicción territorial del castillo comprendía, además de la asentada a su falda, las poblaciones del Burgo, Santa Engracia, Novalla, Liso, Javierre, Navascués y Loscorrales, con un total aproximado de 130 vecinos y unos 580 habitantes.

El hecho de que las aldeas de Santa Engracia, Javierre y Loscorrales no fueran convertidas en parroquias hasta el siglo XVI, parece señalar que se trataba de poblaciones con mayoría mudéjar. Y efectivamente, en las ventas de Loarre de 1357 y 1408, de las que se tratará más adelante, se deja constancia de que incluían en la enajenación del realengo «los hombres y mujeres, cristianos, judíos y moros», habitantes en el castillo, villa y aldeas.

### *El castillo en el siglo XIII*

Se inicia la historia del castillo de Loarre en el siglo XIII con la figura de Guerau de Cabrera, que fue recluido en esta fortaleza. En 1199 Guerau sucedió a su padre, Ponce, en el vizcondado de Cabrera (Osona, Cataluña) y, al morir el conde Ermengol VIII, pretendió el condado de Urgell contra la voluntad del rey Pedro II, el cual defendía los intereses de la condesa viuda, Elvira de Lara, y de su hija, Aurembiaix. Sin embargo, Guerau invadió Urgell, siendo vencido en 1211 por el ejército real y conducido prisionero a Loarre. Muerto el rey católico en Muret en 1213, Guerau logró sus aspiraciones y fue de hecho reconocido como conde de Urgell, para serlo de derecho en 1220, al morir la condesa Elvira. Años después, en 1226, abandonó el condado e ingresó en la milicia del Temple, en el castillo de Gardeny (Lérida).

Cuando el cautiverio de Guerau, el castillo de Loarre estaba en poder del inquieto aragonés Pero de Aho-nes, a quien se lo había empeñado el rey Pedro II, así



como la villa de Bolea, en fecha desconocida. Encabezó, junto con el infante Fernando, abad de Montearagón y aspirante a la corona aragonesa, una de las facciones nobiliarias que complicaron la minoría de edad de Jaime I el Conquistador. La crónica de este rey o *Llibre dels feits del rei en Jaume* se ocupa extensamente del final de Pero de Ahones, en el que aparece el castillo de Loarre como foco, por primera vez, de una subversión.

Contaba Jaime I diecisiete años de edad cuando, a fines de agosto de 1225, puso sitio a Peñíscola (Castellón), plaza que no pudo tomar a causa de sus escasas fuerzas, ya que los nobles aragoneses —entre ellos Pero de Ahones— no quisieron prestar su apoyo para esta acción militar contra Abu Zaid, rey moro de Valencia, el cual, para prevenir posibles daños, acabó por proponer la firma de una tregua. Accedió Jaime I, junto al cual sólo estaban Blasco de Alagón, Artal de Luna y Atón de Foces.

Después de establecido el pacto, en Calamocha el rey se encontró a Pero de Ahones que, acompañado de su hermano, el obispo Sancho de Zaragoza, y de una compañía de cincuenta o sesenta caballeros, tenía la intención de adentrarse en tierras valencianas de Abu Zaid y correrlas. Y juntos fueron a Burbáguena, donde el rey recriminó a Pero de Ahones por no haber acudido a tiempo al acoso de Peñíscola y le conminó a que no entrara en tierra de moros y no rompiera la tregua establecida con éstos. Dispuesto a correr tierras valencianas, Pero de Ahones se negó a obedecer al rey, contra el cual llegó a luchar cuerpo a cuerpo por esta cuestión. La lucha se interrumpió cuando los hombres del noble aragonés, advertidos, lo libraron de las manos de Jaime I —al decir de la crónica— y se lo llevaron huyendo. Le persiguieron Atón de Foces, Blasco de Aragón y Artal de Luna, precediendo al rey. Al fin, Pero de Ahones fue alcanzado por dos caballeros de Atón de Foces, que le hirieron mortalmente.

Después de enterrarlo en Santa María de Daroca, el rey y los suyos se dirigieron a Bolea y Loarre, plazas que «poseía Pero de Ahones —dice la crónica en boca de Jaime I— en prenda porque mi padre se las había empeñado y tanto tiempo había disfrutado de ellas que podía considerarse bien pagado» de la cantidad prestada a Pedro II.

El rey creía no encontrar a nadie en Loarre o que, de haber alguien guarneciendo el castillo, sería gente de su fidelidad. Se llevó sorpresa al comprobar que Loarre y Bolea estaban en poder del infante-abad Fernando y de Pero Cornell, cuñado de Pero de Ahones, al mando de setenta u ochenta caballeros y que, además, los hombres de las dos villas se oponían a Jaime I. «Y vimos —añade el rey en su crónica— que el castillo se guarnecía con gran número de caballeros y de hombres de a pie, y que estaban abastecidos de comida para un año, cuando menos». Prudentemente, el Conquistador desistió de asaltarlo y se retiró. Mientras tanto se produjo el levantamiento de todas las ciudades de Aragón, a excepción de Calatayud, contra Jaime I, promovido por los partidarios del infante-abad y del difunto Pero de Ahones.

Pacificado, al fin, el reino, Loarre volvió a la corona y no se tienen más noticias hasta el año 1263, en que el rey confió la tenencia del castillo a los frailes del Hospital de San Juan de Jerusalén. En Lérida, el 23 de mayo, Jaime I escribió a los hombres de Loarre, mandándoles que en adelante pagaran a los hospitalarios, «tenentes del castillo», la pecha anual de cien cahíces de trigo. Tenencia que debieron ejercer los frailes hasta 1285, como se verá.

Si el reinado de Pedro III fue corto en el tiempo, en conflictividad constituye uno de los períodos más densos de la historia de Aragón: en el interior hubo de enfrentarse a los nobles aragoneses, hermanados en la famosa Unión, empeñados en recortar la autoridad del



rey mediante las Cortes, el Consejo Real y la figura del Justicia; casi todas las fronteras de sus reinos permanecieron en estado de guerra; excomulgado por la Santa Sede a causa de la conquista del reino de Sicilia, el papa Martín IV le privó de sus dominios y adjudicó Aragón, Valencia y Cataluña a Carlos de Valois, hijo del rey Felipe III de Francia.

Pedro III otorgó el privilegio general de Aragón, que favorecía la nobleza en detrimento de sus prerrogativas reales, pero no consiguió apaciguar los ánimos y continuó unos años más la rebelión de los nobles, llamada en los libros de contabilidad de la casa del rey «Guerra de Zaragoza».

Con el fin de combatirlos, Pedro III procuró establecer bases fieles a su persona en el castillo-monasterio de Montearagón y en Loarre. Y lo consiguió.

Las fuentes montearagonesas guardan silencio al respecto, pero consta que el rey, aprovechando la vacante producida por la muerte del abad Juan Garcés de Oriz el 29 de agosto de 1284, nombró para ocupar la abadía de Montearagón a Fernando, hijo natural de Jaime I, a pesar de haber procedido los canónigos a la rápida elección de sucesor en la persona de Jimeno Pérez de Gurrea el 1 de septiembre. Canónicamente esta elección era inválida a causa del entredicho lanzado por el papado contra el reino de Aragón.

En el curso de la guerra contra el ejército francés de Carlos de Valois, decidido a apoderarse de Aragón, Valencia y Cataluña, que el papa le había concedido, en Coll de Panissars el 7 de mayo de 1285 Pedro III expedía un mandato a fray Galcerán de Timor, comendador de Amposta, ordenándole que entregara el castillo de Loarre a Fernando, abad «cismático» de Montearagón, que debía guardarlo y guarnecerlo para salvaguarda de los intereses del rey y de la misma milicia hospitalaria.

El abad elegido, Jimeno Pérez de Gurrea, se pre-

sentó a primeros de agosto del mismo 1285 al asedio de la ciudad de Gerona por el rey Felipe III de Francia con el fin de recabar del cardenal legado, Juan Cholet, la legitimación de su elección abacial. Se le impuso como condición el reconocimiento del nuevo rey de Aragón, Carlos de Valois, y se delegó al obispo de Pamplona, Miguel Sánchez de Uncastillo, para que procediera a la reconciliación con la Santa Sede de los canónigos de Montearagón, entre los cuales, probablemente, se produjo una escisión. De los diecisiete de éstos que estuvieron en la elección de Jimeno Pérez de Gurrea, diez abandonaron el monasterio y se refugiaron en Rivilita (Navarra), donde, el 24 de septiembre, juraron fidelidad al rey de Aragón, Carlos de Valois.

El 10 de noviembre murió Pedro III, pero la «Guerra de Zaragoza» continuó en los primeros años del reinado de Alfonso III. El abad, ya canónicamente reelegido en Navarra y los canónigos no pudieron volver a Montearagón hasta finales de 1286 o principios del año siguiente, presumiblemente gracias a la intervención a su favor de los nobles de la Unión.

Uno de los principales cabecillas de ésta fue Pedro, señor de Ayerbe, hijo legitimado de Jaime I. Dada la proximidad de su baronía ayerbense, atacó Loarre, causando graves daños a sus habitantes, y se apoderó del castillo. El hecho está atestiguado por el libro de rentas de la Corona de Aragón, una vez en catalán y otra en aragonés: «Foren robats los homes del loch de Loarre per en Pero d'Ayerbe en temps de la guerra de Saragoça». Y «fueron corridos los homes de Loarre por don Pero d'Ayerbe en tiempo del sennyor rey don Alfonso, quien contendíe con los çaragoçanos». Sería a mediados de 1287.

Los crímenes perpetrados por Pedro de Ayerbe en Loarre, que debieron ser muy considerables, no quedaron impunes. Difunto ya el primer señor de Ayerbe, su hijo Pedro de Ayerbe junior y la hija de éste, Cons-



tancia, fueron condenados en 1326, como se explicará después, a compensar a «los hombres de Loarre» con la crecida suma de 176.000 sueldos jaqueses. Como punto de referencia para calibrar la importancia de esta cantidad y la gravedad de los hechos de 1287, tómese en cuenta que el castillo, villa y aldeas loarresas fueron vendidos en 1357 por 12.000 sueldos, como se dirá luego.

Resuelta la rebelión de los nobles aragoneses con la concesión del Privilegio de la Unión por Alfonso III el 28 de diciembre de 1288, Loarre —castillo, villa y aldeas— fue devuelto a la casa real, siendo la tenencia concedida por el rey en 1294 al unionista Lope de Gurrea.

## Loarre y Jaime II

La fidelidad de Loarre a los reyes Pedro III y Alfonso III en el curso del conflicto de la Unión de los nobles aragoneses y la tragedia de 1287, causada por Pedro de Ayerbe, no quedaron sin recompensa. Y fue en el reinado de Jaime II cuando alcanzó la configuración administrativa que había de tener en adelante, incluida la categoría de villa con participación en las Cortes.

Efectivamente, en los documentos anteriores a 1322 se citan simplemente los *homines de Loarre*, *homens del loch de Loarre* y *hommes de Loarre*. En el citado año, Jaime II se dirige al justicia y al baile de Loarre con vistas a buscar «la utilidad y prosperidad de la villa». Y en otro escrito de Pedro IV, de 1342, se encuentra, por ahora, la primera mención a «la villa y aldeas de Loarre». La más antigua referencia al concejo —*conci-lium*— de Loarre se encuentra en un mandato de Jaime II de 1317, del que se tratará en seguida.

La primera acción de este rey a favor de Loarre fue la exención del impuesto destinado al ejército del rey

a cambio de la satisfacción por una sola vez de 300 sueldos jaqueses. Estando el rey en Daroca, el 17 de julio de 1300, envió un mandato a Berenguer de Foces, encargado de la recaudación del impuesto, ordenándole no lo exija en adelante a los vecinos de Loarre.

Durante la segunda decena del siglo XIV sale Jaime II en defensa de los intereses de Loarre, cuyos habitantes habían acudido a él con quejas contra terratenientes de las vecinas demarcaciones y contra el mismo sobrejuntero de Huesca y Jaca. Desde Zaragoza, a 22 de mayo de 1311, Jaime II escribió a Miguel Pérez de Arbe, sobrejuntero, ordenándole en primer lugar que obligue a los hombres de Ayerbe, Sarsa de Marcuello y Garisa, con fincas en los términos de Loarre, a contribuir a la satisfacción de pechas y contribuciones a que estuvieran obligados los loarreses; y, al mismo tiempo, le mandó que no llame a junta, si no fuera realmente necesario, a los hombres de Loarre, molestos por los daños que les causaba al convocarlos con demasiada frecuencia.

Otra vez, en 1317, se quejó el concejo loarrés de que los vecinos de Quinzano no permitían que los ganados de Loarre pastaran en términos de esta población, perteneciente al Hospital de San Juan de Jerusalén. Actitud tomada también por Rodrigo de Malla, vecino de Ayerbe, en relación con una finca que poseía en el propio término de Loarre. Desde Ejea, el 20 de septiembre, Jaime II mandó a los «hombres de Quinzano» que permitieran el pasto a los de Loarre.

El mismo día escribió al sobrejuntero Miguel Pérez de Arbe, urgiéndole que no permitiera a Rodrigo de Malla proseguir su conducta lesiva de los intereses de Loarre; que fuerce a los vecinos de Anzano, Plasencia, Arbea (*Herbeya*, al norte de Plasencia) y otra vez Quinzano, para que contribuyan al pago de las pechas y exacciones reales a que estaban obligados por las fincas que poseían en términos de Loarre, y que impida a los hombres de los mismos lugares roturar ni hacer leña



contra la voluntad de los loarreses, bien entendido que, caso de tener algún derecho, deberán acudir al justicia de Aragón.

Una de las cargas fiscales que pesaban sobre los vecinos de Loarre era la que, en concepto de *cena*, se pagaba anualmente al rey y al procurador del reino. En octubre de 1320 Jaime II concedió la cena real, que montaba 260 sueldos jaqueses, a Juan López de Urriés, miembro de la casa del infante Pedro, en cuyo servicio se había roto una pierna y quedado inválido, para mientras viviera. En julio del año siguiente el infante Alfonso, futuro rey Alfonso IV, le concedió también la cena que le correspondía como procurador de Aragón.

Debió de tener especial importancia para la economía de Loarre la promoción de viñedo. El concejo de la villa expuso al rey que sería de interés la plantación de viñas. Accedió Jaime II y en escrito fechado en Tarragona el 10 de noviembre de 1322 mandó al justicia y baile de Loarre que obligaran a quienes poseían tierras en las partidas de La Fontaza y del Peregs, entre Bonopasso y corral de la Corona, a que plantaran viñas en un plazo de tres años, so pena de perder sus fincas caso de no obedecer. Durante este período se prohibió la entrada de ganado en las nuevas plantaciones.

La medida debió de producir buenos resultados. Años más tarde, en 1330, el justicia de Loarre, Domingo de Otal, no podía vender el vino de su cosecha. En Huesca, el 10 de julio, el rey Alfonso IV, con ánimo de hacerle «una gracia y favor», mandó al baile, jurados y buenos hombres de Loarre que no permitieran la entrada en la villa de vino procedente de fuera hasta que el justicia hubiera logrado vender el suyo.

## *El privilegio de Alfonso IV*

Año y medio casi antes de la muerte de Jaime II se falló el largo pleito sostenido por los hombres de Loarre contra Pedro de Ayerbe por los hechos ocurridos en 1287 en el curso de la «Guerra de Zaragoza» o de la sedición de los nobles de la Unión.

El 7 de julio de 1326, García de Aísa, jurisperito de Zaragoza y juez delegado, dictó sentencia definitiva en la causa entre los procuradores de la villa de Loarre y los ejecutores del testamento de Pedro de Ayerbe «sobre la satisfacción y enmienda de los daños causados tiempo ha por el noble Pedro de Ayerbe, mayor, a los hombres y bienes de Loarre». Ejecutores del testamento que fueron condenados a pagar a los loarreses 176.000 sueldos jaqueses de los bienes pertenecientes a los dos Pedro de Ayerbe, el mayor y el junior, y a la hija de éste, Constançia.

La cantidad era evidentemente jugosa y el rey Alfonso IV consiguió de «los hombres de su lugar de Loarre» que le cedieran «todo el derecho y acción que les correspondía». Agradecido y con la intención de procurar el crecimiento de la villa, concedió a sus vecinos el privilegio fechado en Zaragoza el 16 de marzo de 1328, que contenía los siguientes puntos:

Privilegio de franqueza, libertad e inmunidad a todos los hombres de Loarre y sus lugares y aldeas, a los que eximía del pago de mil sueldos jaqueses anuales y de «toda otra pecha, subsidio, pedido, servicio y cualquier otra exacción real, así como de la prestación de hueste, ejército y cabalgada».

Les liberaba también en todo el ámbito de sus reinos de la satisfacción de lezdas, peajes y otros impuestos semejantes.

Reservaba para el rey la percepción del carneraje,



monedaje, cena, jurisdicción civil y criminal y caloñas por homicidio.

Puesto que la mitad de la pecha de mil sueldos era para el alcaide, encargaba a la villa y aldeas la custodia y mantenimiento del castillo, y si el rey quisiera recuperarlo o encomendarlo a otro, los hombres de Loarre vendrían obligados a entregarlo, si bien quedarían exentos de toda contribución para su guarda y sostenimiento.

Finalmente, en atención a que «el notable e insigne» castillo de Loarre y la villa convenía no se separasen de la corona, en bien de la corona y del propio estado, Alfonso IV se comprometía solemnemente «a no dar, conceder, vender, enfeudar, empeñar, permutar, ni en manera alguna enajenar o separar de la corona de los reinos de Aragón y Valencia y del condado de Barcelona el lugar, castillo y aldeas de Loarre, que deberán estar conexos, unidos y anexos siempre e inmediatamente a la corona real».

### *Pedro IV y Loarre*

Muerto Alfonso IV el 24 de enero de 1336, los loarreses se apresuraron a conseguir de su sucesor la confirmación del privilegio de franqueza de 1328. Y lo consiguieron mediante documento otorgado por el rey Pedro IV en Zaragoza a 16 de abril del mismo año 1336. A pesar de ello, el nuevo monarca acabará por no respetar la letra ni el espíritu del repetido privilegio.

Aunque dentro de la normativa establecida por éste, Pedro IV recuperó el castillo de Loarre para encomendar su alcaidía al baile de Aragón Pedro Jordán de Urriés, en documento fechado en Barcelona el 21 de diciembre de 1347. Dado que el privilegio citado eximía a los hombres de Loarre de la satisfacción del salario del alcaide, el rey destinó a este concepto los 260 sueldos

jaqueses, importe de la cena real, que Alfonso IV había reservado para la corona.

Dos años después la alcaidía loarresa fue concedida a Pedro López de Jasa, doméstico del rey, según consta por el mandato dado en Valencia a 22 de febrero de 1349, ordenando a su anterior tenente, Pedro Jordán de Urriés, que se lo entregara en seguida.

El golpe de gracia al privilegio de 1328 fue dado por el mismo Pedro IV en 1357. «A causa de los innumerables gastos» ocasionados por la guerra que sostenía contra el rey Pedro I de Castilla, confiesa Pedro IV de Aragón serle necesario procurarse dinero de donde sea. Con este fin, estando en Huesca el 24 de septiembre de 1357, vendió al baile general de Aragón, Pedro Jordán de Urriés, que, como queda antes apuntado, poseyó la tenencia loarresa de 1347 a 1349, a su esposa Toda Martínez de Riglos y a los suyos, «en libre y franco alodio», el castillo, la villa de realengo y aldeas de Loarre con sus hombres y mujeres, cristianos, moros y judíos, con toda la jurisdicción alta y baja, mero y mixto imperio y con todos los derechos, por la cantidad de 12.000 sueldos jaqueses.

En documento aparte, expedido en las mismas ciudad y fecha, el rey nombró procuradores suyos a los escuderos oscenses Sancho de Alayés y Lope Arcez de Urriés para que dieran posesión a los compradores del castillo, lugar y aldeas de Loarre y para que indujeran a los vecinos de éstos a prestar a los nuevos señores juramento y homenaje de fidelidad.

También en Huesca y en la fecha señalada, de acuerdo con el pacto previamente establecido, Pedro Jordán de Urriés y su esposa, Toda Martínez de Riglos, expidieron un importante documento, en el que consideran la necesidad del rey de obtener recursos para proseguir la guerra con Castilla y prometen a Pedro IV que, cuando él o sus sucesores les devuelvan los doce mil



sueños en dinero contante y sonante, excluidos otros procedimientos o maneras, más las cantidades invertidas en el mejoramiento del castillo, villa y aldeas, la corona recuperará todo. Asimismo, los compradores renuncian por adelantado a todo derecho, fuero o costumbre que, en este caso, pueda favorecerles en perjuicio de la casa real.

En un cuarto documento, Pedro IV comunica la venta de Loarre a los jurados y prohombres del castillo, lugar y aldeas, mandándoles tengan como señores y presten juramento y homenaje de fidelidad a los compradores. Tres años después éstos compraron también la baronía de Ayerbe al infante Fernando, que la había recibido de su madre, la reina Leonor, esposa de Alfonso IV, en 1329.

El nuevo señor de Loarre y Ayerbe, Pedro Jordán de Urriés, había muerto ya en 1367, en cuyo 27 de julio, desde Zaragoza, Pedro IV salió en defensa de los intereses de la viuda Toda Martínez de Riglos. El abad de Montearagón había concedido al rey las primicias de las parroquias de Loarre y Ortila, que con anterioridad había comprado ella —a la que el rey llama *alumpna nostra*—. Los funcionarios de la Tesorería real pretendían cobrar tales primicias en nombre del rey, el cual, en la fecha y lugar señalados, mandó respetar el derecho de la viuda Toda y restituírle las cantidades que los tesoreros hubiesen cobrado ya.

Muerta Toda Martínez de Riglos —a quien el rey llama en esta ocasión *avia nostra*— y estando Loarre «a modo de prenda» en poder de los herederos, fue pactado entre Pedro IV y los jurados y prohombres de la villa que éstos redimieran a sus costas el señorío para el rey. Por su parte, caso de realizarse la devolución de Loarre a la corona, de cuyo dominio «estuvo largo tiempo segregado y totalmente separado» el castillo, Pedro IV se comprometía a eximir a los loarreses en adelante del pago del morabetín y de la cena del rey y del gober-

nador de Aragón, impuestos que el monarca podría volver a percibir si daba a los de Loarre seis mil sueldos jaqueses. El contenido de este pacto se registra en un documento expedido por Pedro IV en Zaragoza el 20 de mayo de 1381.

En esta ocasión el rey, en las mismas ciudad y fecha, expidió otra carta, quizá jurídicamente anterior a la reseñada, en la que transcribe el privilegio de Alfonso IV de 1328, que le habían presentado los loarreses agraviados porque «contra la forma y la mente de dicho privilegio» habían sido largo tiempo separados de la corona y de la jurisdicción del rey y entregados al señorío de otro. Al entenderse la venta como una pignación, los de Loarre —explicaron— se habían propuesto redimirla a sus costas. Pedro IV accede y, como contrapartida, confirma el privilegio de 1328 y declara que si en el futuro el rey daba, vendía o enajenaba el dominio de Loarre, los vecinos de la villa y aldeas no vendrían obligados a reconocer el señorío de otra persona.

Unos días después, el 27 de mayo, el rey contribuía a la redención de Loarre con la concesión a los loarreses del derecho de herbaje.

La cantidad exigida por los herederos de los compradores ascendía a 15.000 sueldos jaqueses, que incluía los doce mil importe de la venta, más tres mil por el dinero invertido bajo diferentes conceptos, que no se especifican en el documento pertinente. Los loarreses no acababan de conseguir la suma exigida y acudieron al monarca a pedirle licencia para vender los censos muertos o violarios. Pedro IV accedió en documento dirigido a los jurados y prohombres de la villa y aldeas de Loarre y dado en Zaragoza el 1 de octubre de 1381.

La operación estaba terminada el 26 de noviembre, fecha en que el rey delegaba al sobrejuntero de Huesca-Jaca para que en su nombre tomara posesión del castillo, villa y aldeas de Loarre y en que mandaba se la diera



al alcaide, el jurisperito Gil de Arcos, auditor de la curia real.

Es probable que, a pesar de todo, para alcanzar la suma requerida, los de Loarre recurrieran a un empréstito concedido por los hospitalarios de San Juan. Tal parece señalar el mandato dado por la reina María en Zaragoza el 13 de septiembre de 1398 a los jurados y concejo de Loarre en el sentido de que no pagaran a los herederos de fray Lope de Gurrea, difunto, la cantidad de dinero que le adeudaban, hasta que ella misma, la reina, lo decidiera.

### *Segunda venta de Loarre*

Otro rey, Martín I de Aragón, falto de recursos económicos, acude también a la por él mismo llamada vía más útil y fácil de conseguir dinero: la venta del castillo, villa y aldeas de Loarre, a pesar del privilegio de 1328 dado por Alfonso IV y de los compromisos contraídos por Pedro IV en 1381. Se sabe poco de esta segunda venta y se desconoce la reacción de los loarreses frente a la ruptura de lo convenido con el rey, que le dispensaba de reconocimiento de otro señor en caso de enajenación.

En Barcelona, el 29 de octubre de 1408, el rey Martín I vendió a su consejero Ramon de Mur, baile general del reino de Aragón, el castillo, villa y aldeas de Loarre, comprendidos naturalmente los vasallos —cristianos, judíos y moros— y todos los derechos señoriales, por dos mil florines de oro de Aragón, que el comprador había entregado a Juan de Plano, doctor en Leyes. Se añadió a la operación una cláusula, conforme a la cual si el rey devolvía dicha cantidad de florines más los gastos hechos en el mantenimiento del castillo, la venta se consideraría *infecta*, no realizada y todo volvería al dominio de la casa real.

En la misma fecha el rey Martín mandó al noble Martín de Pomar, *capitaneó* de la ciudad de Huesca, para que, personado en Loarre, diera posesión del castillo, villa y aldeas al comprador, Juan de Muro, o a su procurador.

Martín I murió sin descendencia el 31 de mayo de 1410, ocasionando un largo interregno que terminó en el Compromiso de Caspe con la elección de Fernando I de Antequera el 28 de junio de 1412 y la rebelión de los partidarios del conde Jaime de Urgell, en el curso de la cual jugó un destacado papel el castillo de Loarre.

### *Loarre por el conde de Urgell*

La ciudad catalana de Balaguer y el castillo de Loarre fueron los grandes baluartes de la inútil rebelión de los partidarios del conde Jaime de Urgell, aspirante a la corona de Aragón. Se fortificó y resistió en la primera el conde y en el segundo dos belicosos y fogosos personajes, defensores hasta el fin del candidato Jaime, en paridad de protagonismo: Antón de Luna y su prima Violante de Luna, conocida también como Brianda de Luna.

Antón de Luna, señor de Almonacid (La Almunia de Doña Godina), fue el jefe en Aragón de los partidarios del conde. En su intento de apoderarse de los más castillos que pudiera en tierra aragonesa, libró grandes peleas con los nobles que se inclinaban a favor de Fernando de Antequera, incluido el arzobispo de Zaragoza, García Fernández de Heredia, de cuyo asesinato en 1411 fue inculpaado y, en consecuencia, excomulgado por un tribunal eclesiástico, pena canónica que implicaba la confiscación de bienes.

A pesar de haberse asentado durante el interregno en el castillo de Trasmoz (Tarazona), no consiguió dentro



del reino de Aragón más que dominar prácticamente el Alto Aragón, cuya ciudad de Huesca fue también partidaria del conde de Urgell. Este dominio le facilitó la entrada de tropas mercenarias a través del Pirineo hacia el castillo de Loarre, convertido en su cuartel general, y hacia el de Montearagón que, con su abadía, logró tomar.

No se sabe cuál fuera entre 1411 y 1413 el estado jurídico del castillo y villa de Loarre, ni cómo consiguió Antón de Luna apoderarse de esta plaza. Se desconoce si, después de la venta de 1408, continuaba en poder del baile de Aragón, Ramón de Mur, o se había devuelto a la corona. Este baile del reino y señor de Loarre juró fidelidad al rey Fernando I en las cortes de Zaragoza de 1412. Lo cierto es que Antón de Luna poseía el castillo loarrés, desde donde siguió el proceso del Compromiso de Caspe sin descuidar el reclutamiento de soldados para la causa del de Urgell.

Conocida la elección del rey por los reunidos en Caspe, Antón de Luna se dirigió a Gascuña para llegar hasta Burdeos, donde negoció con Tomás, duque de Clarence y segundo hijo del rey de Inglaterra, la contratación de tropas inglesas, cuya presencia junto con los mercenarios gascones al servicio de Jaime de Urgell impresionó vivamente a la nobleza aragonesa partidaria de Fernando I.

Era del dominio público la actitud rebelde de Antón de Luna en Loarre. De aquí que el nuevo rey Fernando, al que ayudaban tropas castellanas, mandara el 13 de mayo de 1413 el cese de las correrías de la guarnición del castillo loarrés y encomendara el asedio de éste a Juan Delgadillo, el cual abandonó el campo al acercarse las compañías de ingleses y gascones.

Durante este mes de mayo llegaron a la corte de Fernando I repetidas noticias acerca del movimiento de tropas y de capitales en los castillos de Montearagón

y Loarre, señalando los últimos preparativos de Antón de Luna ante lo que se adivinaba batalla final entre el nuevo rey y el aspirante Jaime de Urgell.

El 17 de mayo, Pedro de Urrea escribió al rey comunicándole que los dos castillos —Loarre y Montearagón— aumentaban incesantemente sus guarniciones y que se aprovisionaban. Tres días después el escribano de ración denunció el paso de un partidario del conde que fue visto en las proximidades de Montearagón con cuarenta caballeros y quince ballesteros, que se sospechaba iban a reforzar la guarnición de éste y del castillo de Loarre. El 25 de mayo se supo que el conde de Urgell había enviado a Loarre seis o siete mil florines de oro de Aragón y acémilas cargadas de dinero, joyas y plata. Y que envíos de cantidades menores habían sido hechos por Arnaldo Pedriz, Antonio Martorell y el judío Sentón Poxí, de Castelló de Farfanya.

El mismo día Rimbau de Corbera, desde Lérida, comunicó al rey que el conde había remitido seis mil florines —otros creyeron que quince mil— a Antón de Luna, que se encontraba en el castillo de Loarre, donde había establecido no sólo el cuartel general de los urgellistas aragoneses y lugar de encuentro de mercenarios ingleses y gascones, sino también la caja que había de financiar la guerra contra el rey Fernando.

Por el momento las tropas del rey centraban su atención sobre la ciudad de Balaguer, en la que resistía el conde Jaime de Urgell. Mientras tanto, frente a Loarre, la baronía de Ayerbe —fiel al rey Fernando— debió de mantenerse a la expectativa, quizá por la superioridad de los hombres de armas de Antón de Luna.

Este se encontraba en el castillo loarrés a la espera de las compañías de mercenarios, el 29 de junio del mismo 1413, día en que, escribiendo a su confesor fray Francisco Sanz, se refería al que parece haber sido el jefe principal de los ingleses y gascones desplazados a



Aragón en ayuda del conde de Urgell. Antón le encargaba al confesor: «Decit a Basili que jo'l mostraré que ell conexerá que jo l'amo e que en Lombardía ell no ha tant buen amigo como jo... Scripta al castello de Luar».

El capitán Basilio debió llegar a Loarre en los primeros días de julio. Es probable, si se atienden las palabras prometedoras de la carta citada, que no estuviera del todo decidido a proseguir en las filas de Antón de Luna, temiendo quizá no llegar a percibir la recompensa prometida. De otra parte, Antón de Luna dudaría de la fidelidad de Basilio, dispuesto, como buen mercenario, a venderse al mejor postor.

Pero en Loarre se guardaba una buena suma de dinero y Basilio se comprometió en seguida a salir para Balaguer en socorro del conde en apuros, sin duda después de haber cobrado su salario y el de sus hombres. Debió ser más difícil convencer a Antón de Luna sobre la fidelidad de Basilio.

Convenida entre ambas partes la marcha de ingleses y gascones a Balaguer, Antón de Luna invitó a una comida a Basilio. Y cuando éste se disponía a salir del castillo de Loarre, el portero le cerró las puertas, impidiéndole la salida. Preguntado por Basilio, manifestó el portero que se había robado en la propia fortaleza una pieza de plata y que Antón de Luna había mandado cerrar las puertas del castillo. Basilio dijo que él no era hombre de robar piezas de plata y requirió al portero para que le franqueara las puertas. En seguida acudió Antón de Luna, quien confesó a Basilio que había mandado le encerraran, porque había entendido que el mercenario había estado en tratos con sus enemigos para entregarle traicioneramente. Y quería saber qué había de cierto. Basilio lo negó con rotundidad y, para convencer, le prestó juramento y homenaje de fidelidad. La escena terminó —según la confesión del propio Basilio en el curso del proceso que se instruyó contra él—

cuando Antón de Luna, en prueba de confianza total, le regaló el puñal con que había asesinado al arzobispo de Zaragoza.

Sería hacia el 7 de julio que Basilio con sus tropas salió de Loarre. Tras una escala en Montearagón continuó camino de Balaguer con el fin de ayudar al conde, pero al llegar a Alcolea de Cinca, el día 10 del mismo mes de julio, fue sorprendido y vencido por gentes de Fernando I, que le cogieron prisionero. Los demás capitanes que le seguían retrocedieron a Loarre, donde se despidieron de Antón de Luna, dispuestos a repasar el Pirineo.

Al fracasar la expedición de mercenarios, fue el propio Antón de Luna quien se dirigió a Balaguer, probablemente con la intención de reforzar el ejército del conde en apuros.

En la ausencia de Antón de Luna el castillo de Loarre quedó al mando de Violante de Luna, que es quien da la noticia de la estancia de su primo en Balaguer a través de la carta que escribió el 29 de julio a la hija de éste y de su primera mujer, Aldonza, Elfa de Luna.

Era Violante de Luna monja del monasterio cisterciense de Trasobares (Borja), para el que fue elegida abadesa, elección que confirmó su pariente, el papa Benedicto XIII, en 1404, a la vez que le concedía dispensa de su minoría de edad.

Seguramente enamorada —o seducida— por su primo Antón de Luna, del que tuvo un hijo, a principios de 1413 abandonó la abadía, causando tal escándalo que el mismo papa ordenó la destrucción del monasterio y el traslado de sus monjas a cenobios femeninos de Zaragoza y Calatayud.

En la citada carta a Elfa, Violante se muestra optimista en cuanto a la causa del conde de Urgell y segura



de la inexpugnabilidad de la fortaleza loarresa que capitaneaba. Vale la pena reproducir algunas de sus frases: «Jo, Dios sea loado, so bien sana e alegre. Jo a present so fuera de congoxa pues que'l senyor (Antón de Luna) está en lugar segur. E jo que tengo el castillo bien fornido de viure pora dos anyos, excepto vino, mas tengo pro agua e muit fina que vale por vino. E los que y son seguidores leales del senyor, bien alegres e esforçados e tales que no falirán con la ajuda de Dios a lo que deven». Y anima a Elfa: «E assí siet alegrement, que en breu oiredes tales nuevas que hauredes plazer e consolación. Siet cierta que jo os faré obras de madre».

El optimismo de Violante estaba lejos de la realidad. El 11 de agosto el castillo-abadía de Montearagón se rendía a las tropas del rey, las cuales se dirigieron seguidamente a Loarre. Y a fines de septiembre, Antón de Luna, que había vuelto a este castillo, huía a Navarra, dejándolo, por segunda vez al menos, bajo el mando de Violante.

Loarre, por su emplazamiento, era en verdad inexpugnable y, de ser cierta la noticia del aprovisionamiento del castillo según la carta a Elfa, Violante bien habría podido resistir durante largos meses. Probablemente ahí radicó la decisión de los sitiadores de entablar conversaciones de rendición con la intrépida capitana.

Violante pedía la devolución de todos sus bienes, incluida la abadía de Trasobares, el perdón general dado por el rey Fernando y la provisión de recursos para que sus hombres pudieran volver a sus casas.

Los negociadores de la parte contraria, Pedro de Urrea, declarado enemigo de Antón de Luna, y Antonio Vicens, representante del papa Benedicto XIII, sólo prometieron a Violante no condenarla a muerte, destierro, ni tormento; recluirla en un castillo con tres o cuatro dueñas que la sirvieran; impetrar del papa gracias para ella; licencia para sacar sus bienes de Loarre,

y conceder a sus hombres, excluyendo a Antón de Luna, amnistía general. Negociaciones que, dada la seguridad en sí misma y en la confianza, quizá, de que sus influentes familiares intervinieran a su favor, fracasaron.

El 31 de octubre se rendía la ciudad de Balaguer y el conde Jaime de Urgell fue llevado preso a Lérida, iniciando un largo cautiverio que habría de terminar con su muerte. Pero Violante continuó obstinada en la defensa del castillo de Loarre, quizá ya no tanto por la confianza en la victoria de la causa del conde como por la esperanza de conseguir mejores condiciones de rendición.

Hasta este momento, el señor de Ayerbe, Felipe de Urriés, había sostenido un posiblemente simbólico asedio de Loarre. Después de la caída de Balaguer en poder de las tropas del rey, Fernando I encomendó la lucha por la conquista de Loarre a Pedro Ximénez de Urrea, otro de los grandes enemigos de Antón de Luna, asistido de soldados castellanos y unido a los hombres del señor de Ayerbe.

La rendición de Violante se produjo tres meses después —sería a fines de diciembre de 1413 o primeros de enero de 1414—, sin que se sepa si fue negociada o incondicional. Lo cierto es que Violante —la única de los defensores de Loarre que perdió la libertad— permaneció unos meses presa en el mismo castillo bajo la custodia de Pedro de Urrea. Prisión que debió de ser atenuada cuando, durante la misma, pudo vérsela pasear a sus anchas por las calles de Ayerbe llevando de la mano a su pequeño hijo.

En el mes de mayo del mismo 1414 fue recluida en el castillo de Sora (Ejea de los Caballeros), vigilado por Pedro de Lacasta, merino de Zaragoza, quien estaba convencido de que tenía bajo su custodia una mujer con el diablo en el cuerpo.

Parece que se le permitió viajar a Francia para reunir-



se con Antón de Luna y que regresó a Aragón, estableciéndose en Mequinenza. Aquí se encontró a Antón de Luna, a quien se había dado licencia para residir en este castillo, del que era señor su sobrino Guillén Ramón de Montcada. Violante, llegada a principios de invierno a Mequinenza, convivió con su primo y amante hasta que éste le obligó a entregarse a Antonio Vicens, representante del papa Benedicto XIII. Antón de Luna murió en 1419. De Violante no se supo más.

### *La baronía de Loarre*

A los pocos años de superarse el enfrentamiento entre partidarios del conde Jaime de Urgell y de Fernando I de Antequera, muerto ya éste y reinando su hijo Alfonso V, Loarre sufrió una nueva enajenación y su separación del dominio directo de la corona.

Desde Valencia, el 30 de marzo de 1418, el rey Alfonso V el Magnánimo donó *in feudum* a su hermano, el infante Juan, duque de Montblanc (Cataluña) y de Peñafiel (Castilla), las villas y castillos de Loarre y Bolea. Era el infante Juan hijo segundo del rey Fernando I, había nacido en Medina del Campo (Castilla) y contaba a la sazón veinte años de edad. A la muerte de Alfonso V subió al trono de Aragón, que ocupó de 1458 a 1479.

La donación de Loarre y Bolea se condicionó al vasallaje que el infante y sus descendientes vendrían obligados a prestar al rey de Aragón y a recibirle siempre que ocurriese como señor en las fortalezas. Se estableció, asimismo, que si el infante Juan moría sin hijos legítimos y naturales o alguien de su descendencia en línea recta, ambas villas volverían al dominio directo de la corona. El infante, por él mismo y sus descendientes, se avino a las condiciones señaladas y juró fidelidad al rey y a sus sucesores a título de buen y leal vasallo.

En la misma fecha de la expedición de este documento, Alfonso V envió un mandato «a los justicias, jurados, oficiales y prohombres de las villas y castillos de Loarre y Bolea», notificándoles la donación del feudo y ordenándoles, bajo pena de mil florines de oro de Aragón, que se entregaran al infante Juan, en quien los alcaides deberían renunciar a la custodia y tenencia de los castillos.

No se sabe por qué motivo la posesión de Loarre y Bolea no duró más de cinco años en manos del infante, más interesado en la política de Castilla y en la administración de sus riquezas en el reino castellano. Lo cierto es que en 1423 Alfonso V donó Loarre a Antonio de Luna.

Antonio de Luna y de Peralta ha sido confundido en ocasiones con el célebre Antón de Luna, del que se ha hablado largamente en páginas anteriores. Antonio de Luna era hijo de Artal de Luna y Ruiz de Azagra y de Margarita de Peralta y Chiaramonte, condes de Caltabellota (Sicilia). Zurita le llama «barón principal de Sicilia y sucesor de la casa de Peralta, que fue tan ilustre en aquel reino y de la sangre real de Aragón».

Antonio de Luna tomó parte en la campaña de Alfonso V en apoyo de la reina Juana II de Nápoles contra las pretensiones de Luis de Anjou y de los genoveses, aliados de éste, en 1420-1423. En el curso de esta campaña el ejército de Alfonso V conquistó la propia ciudad de Nápoles y la vecina isla de Ischia. A mediados de octubre de 1423 Antonio de Luna fue nombrado gobernador de Gaeta, en el reino napolitano, cuya caída en poder de la armada de Génova no pudo evitar al año siguiente.

Para recompensar sus méritos, en Nápoles, el 1 de octubre de 1423, el rey Alfonso V donó a Antonio de Luna «a título de alodio franco y libre y de baronía» el castillo y villa de Loarre «en el reino de Aragón»,



con sus aldeas, castillos y lugares. En el exordio del documento donacional, el rey destaca las cualidades militares que el agraciado evidenció en la reciente batalla librada junto a la ciudad de Nápoles, que condujo a la conquista de ésta y de la isla de Ischia.

En la misma fecha y lugar delegó el rey al vicegerente de gobernador, al justicia y al baile general de Aragón para que dieran posesión de Loarre a Antonio de Luna o a su procurador y para que instaran a los vasallos de Loarre a prestarle el juramento de fidelidad.

Ya en Barcelona, Alfonso V se enteró que Antonio de Luna había empeñado Loarre en poder de Juan de Urriés y que, muerto éste, Felipe de Urriés se resistía a devolver la villa y el castillo, a pesar de la disposición de Antonio de devolver la cantidad prestada. Y el 12 de julio de 1427, el rey escribió a Felipe de Urriés, rogándole que, previo pago de la suma adeudada, «le querades liurar de continent el dicho castiello e logares», de los que, añade, había «fecho gracia al noble don Anthon de Luna».

Dado el estado actual de las investigaciones sobre Loarre y a causa de la nula documentación en los archivos parroquial y municipal, sólo es dado saber que el castillo, villa y aldeas volvieron definitivamente al dominio directo de la casa real en 1486, en tiempo del rey Juan II.

En adelante el castillo pierde toda participación destacada en la historia aragonesa. Y a esto quizá sea debido el hecho de que haya llegado hasta el día de hoy con toda su pureza artística original, puesto que la ausencia de vida, señorial o religiosa, previno la alteración de su fisonomía medieval en aras a los gustos estilísticos que se sucedieron a través del tiempo. Sólo levemente fue afectada la iglesia de San Pedro con la instalación del retablo barroco del siglo XVII y la edificación del pabellón —modernamente derribado— adosado a

la fachada, que mutiló el gran relieve que cerraba la portada principal.

## *El municipio*

En la venta del señorío del castillo de Loarre de 1357 se expresan los límites de su jurisdicción: al norte, el valle de Rasal; al oeste, el castillo de Marcuello, Sarsa y la villa de Ayerbe; al sur, Ayerbe y sus aldeas, y al este, la villa de Bolea y Garisa. Se incluían dentro de estos términos jurisdiccionales los siguientes núcleos de población: la villa de Loarre, con 70 vecinos, y las aldeas de Santa Engracia, con 10; Javierre, con 11; Loscorrales, con 25, y Liso y Navascués, cuyos números de casas se desconocen.

Dentro de la geografía administrativa del siglo XIV, Loarre estaba dentro del merinado de Huesca-Jaca. Y tenía justiciado propio.

El órgano rector de la vida municipal era el concejo de la villa y aldeas, que aparece presidido en 1322 por el justicia y el baile y estaba constituido por los jurados y prohombres —*probi homines*—.

El alcaide del castillo era nombrado por el rey y venía obligado a tenerlo y custodiarlo. En 1347 Pedro IV nombró para la alcaidía loarresa a Pedro Jordán de Urriés, baile general de Aragón, «para que lo tengáis y custodiéis —le dice en el nombramiento— o lo hagáis guardar por quien quisiereis en lugar vuestro, según la costumbre de España». Parece que fue a partir de este nombramiento que se aplicó para salario del alcaide el producto de la cena real, que montaba 260 sueldos jaqueses anuales.

Correspondía también al rey la elección del justicia y del escribano de Loarre y, consiguientemente, la remoción de los titulares de ambos oficios. A causa de un



procedimiento contra los oficiales reales del reino de Aragón, Pedro IV, en documento expedido en Zaragoza a 29 de enero de 1342, suspendió al justicia de Loarre y aldeas, cuyo nombre no se cita, así como al escribano, y nombró para los dos puestos a Domingo Rodríguez de Pedrola.

Incumbía al escribano de Loarre la redacción de instrumentos públicos —procesos, sentencias, atestados...— y privados —compraventas, testamentos, contratos...—; escribirlos por sí mismo o por un amanuense, pero poniendo en todos de su mano la firma y signo propios; llevar un libro-registro, llamado *protocollum* o *capbreuium* y *cabreo* en aragonés de la época, y residir personalmente en Loarre la mayor parte del año. El 2 de enero de 1326, Jaime II nombró para este cargo a Benedicto Pérez de Loarre, vecino de la villa, que había solicitado el oficio. Y Pedro IV, el 7 de febrero de 1348, a Martín Sánchez de Rasal, vecino también de Loarre.

Las escasas noticias conservadas sólo permiten añadir que Loarre conoció cierta prosperidad, igual que en el resto del Alto Aragón, durante el siglo XVI. Ello queda corroborado por las obras públicas realizadas por el concejo en el curso de esta centuria: la fuente de la plaza mayor, construida en 1552 por Choaquín Aísa; la magnífica torre campanario, en cuyo interior tiene grabada la fecha de 1559, y la misma casa del concejo municipal, levantada en 1573.

### *La parroquia*

Es obvio que, dados sus respectivos emplazamientos, era mucho más fácil bajo todos los conceptos la vida en el burgo de San Esteban de la Huerta que en el escarpado paraje del castillo. De ahí que los pobladores de éste fueran abandonando el recinto amurallado ya a fines del siglo XV para establecerse también en el

burgo, donde al fin acabó por trasladarse la parroquialidad de la villa que hasta entonces radicara en la iglesia de San Pedro del castillo de Loarre.

Esta, como ya queda dicho, pertenecía a la jurisdicción eclesiástica de la abadía de Montearagón, igual que la iglesia de San Esteban de la Huerta. Por consiguiente, los diezmos del término de la villa, que era de realengo, habían de ser percibidos por el monasterio montearagonés, al que incumbía la obligación de mantener en Loarre un vicario y, durante el siglo XIII, una pequeña comunidad de clérigos racioneros para la celebración de los oficios divinos, diurnos y nocturnos.

Después de muchas discusiones y pleitos entre los abades de Montearagón y los obispos de Huesca-Jaca sobre el derecho a la percepción de la cuarta parte de los diezmos —el llamado cuarto decimal que canónicamente correspondía al obispo diocesano— de las iglesias dependientes de la abadía, el prelado oscense García de Gudal, a ruegos del rey Pedro II de Aragón, suscribió un acuerdo con el abad infante Fernando, en virtud del cual cedió a éste y a su monasterio el cuarto decimal, entre otras muchas sitas entre los ríos Gállego y Alcanadre, de la iglesia parroquial de Loarre.

La célebre y poderosa abadía montearagonesa confió en 1257 la división de su patrimonio en dos mensas o administraciones separadas, la abacial y la canonical, a tres árbitros que habían de repartir los bienes entre las dos con el consejo de Domingo de Sola, obispo de Huesca. Tales árbitros fueron fray Andrés, obispo de Valencia y visitador apostólico del monasterio; el canónigo Adam, sacrista de Montearagón, y el maestro Adalberto, clérigo de Huesca, quienes atribuyeron a la mensa canonical montearagonesa las iglesias del castillo y del burgo de Loarre.

El 15 de mayo de 1505 se ejecutó el traslado de la parroquialidad desde la iglesia de San Pedro del



Castillo a la de San Esteban. Poco después se construyó una capilla en esta iglesia para guardar las reliquias de san Demetrio, trasladadas también del castillo.

El papa san Pío V, en 1571, decretó la desmembración del abadiado en un plan de redotación de los obispados de Huesca y Jaca, que fueron separados, y de dotación de la nueva diócesis de Barbastro. Las dos iglesias de Loarre, conforme a este decreto papal, fueron incorporadas al obispado de Huesca, destinando buena parte de las rentas eclesiásticas loarresas al seminario que se proyectaba erigir en la capital de la diócesis.

Al año siguiente, el obispo oscense Pedro del Frago visitó Loarre. En la correspondiente acta de su visita pastoral se anotó únicamente que la parroquia de San Esteban servía la iglesia anexa de «Santa María, del lugar de Novallas».

El mismo prelado volvió a Loarre en 1579 y en el documento pertinente registró que la parroquia de San Esteban tenía, además del mayor, dos altares laterales dedicados a san Sebastián y a santa María, más la capilla de san Demetrio.

La iglesia de San Pedro del Castillo fue cedida al pueblo loarrés, que residenció en ella la cofradía de Nuestra Señora del Castillo en el siglo XVII. Y en 1688 los cofrades sufragaron un retablo barroco, que se colocó en el ábside románico, ocultándolo, y los gastos de decoración de toda la iglesia, decoración mural desaparecida durante las obras de restauración.

### *Los relicarios del castillo*

Ha sido notable, a través de los siglos, el culto tributado en el castillo y después en la nueva parroquia por el pueblo de Loarre a las reliquias de san Demetrio, veneradas actualmente en la parte inferior del retablo

del santo en su capilla de la parroquial. Son las reliquias del procónsul Demetrio, martirizado en Tesalónica el año 303 bajo el emperador Maximiliano. Su festividad se celebra el 8 de octubre. La arqueta románica que las guarda está encerrada dentro de una urna de cristal construida en 1780.

Según la leyenda local —que se describe en las yese-rías de los muros laterales de la capilla parroquial del santo—, dos clérigos franceses pasaron el Pirineo, acompañados de una acémila cargada con la arqueta de las reliquias de san Demetrio. A su llegada a la ciudad de Jaca se echaron misteriosamente al vuelo las campanas de todas las iglesias de la ciudad, dando lugar a que fuera descubierta la preciosa carga que transportaban. Forcejearon con los clérigos franceses los jacetanos, deseosos de que el tesoro quedara en Jaca y, ante la negativa de aquéllos, decidióse sacar los ojos de la acémila, conviniéndose en que las reliquias quedarían definitivamente allí donde el animal se parase. Este echó a andar y después de atravesar el valle de Rasal cayó muerto frente al castillo de Loarre. Los clérigos franceses, fieles al convenio de Jaca, depositaron la arqueta relicaria en San Pedro del Castillo y los loarreses, en memoria del acontecimiento, levantaron una iglesia dedicada a santa Marina en el lugar donde cayó la acémila.

Son dos las arquetas relicarios que formaban parte de las «jocalías» litúrgicas del castillo: una grande, llamada de san Demetrio y otra pequeña. Ambas de un interés artístico que no desmerece de la monumentalidad arquitectónica y escultórica de la fortaleza de Loarre. Superficialmente estudiadas hasta fecha reciente, la última palabra sobre ellas ha sido dicha por Francisco Iñiguez, cuya opinión es preciso seguir no sólo por la autoridad de este maestro, sino por el peso de su análisis estilístico.

La arqueta grande, que no presenta alusión alguna a la pasión de san Demetrio, fue originalmente pensada



para reserva de la Eucaristía. Bello ejemplar de orfebrería románica con indicios de tradición musulmana en las cenefas verticales y mozárabe en la concepción de los querubines. Es de madera, recubierta de chapas de plata grabada y dorada, que ha sufrido algunas alteraciones en época moderna. Es obra del último tercio del siglo XI.

En el frente de la tapa figura Cristo Majestad y el Tetramorfos; en la parte posterior, Jesús, de pie en nimbo almendrado, con una cruz en la mano derecha, que podría ser una precoz representación del Cristo triunfante, y en las vertientes laterales, dos querubines, de tradición mozárabe, como queda apuntado ya, con sendos incensarios en las manos.

Alrededor de las cuatro caras de la caja se desarrolla el apostolado: series de cuatro apóstoles en las caras anterior y posterior, unos sentados y otros de pie, y de dos en las laterales. Todos se cobijan en edículos de arco semicircular apeado en columnillas pseudotorsas.

También es de madera y chapas de plata y asimismo del último tercio del siglo XI, aunque no románica, sino musulmana, la segunda arqueta, la pequeña, de Loarre. Las chapas están grabadas con buril en surco profundo, presentando tallos entrelazados, hojas y flores. Ha perdido el nielado que seguramente tuvo, así como posiblemente la inscripción de la tapa, que habrá sido recortada y mal encajada en el cuerpo de la caja. Iñiguez descubre en su decoración cierta semejanza con la Biblia mozárabe de San Juan de la Peña, motivo que le induce a fecharla en el último tercio del siglo XI.

Dentro de esta segunda arqueta relicario se conservan tres cajitas de madera toscamente talladas, con inscripciones a tinta en letra visigótica minúscula, de fines del siglo XI, que anotan la identidad de las reliquias conservadas en cada una de ellas. En la primera, de san Victorián —*reliquie sancti uicturiani*—; en otra,

del Sagrado Cuerpo del Señor, de santo Tomás apóstol y de san Victorián —*reliquie sacri corporis domini / sancti mikael, sancti Tome apostoli / sancti uictoriani confessoris*, lleva escrito en tres líneas—, y en la tercera, de san Salvador, santa María virgen y santo Tomás apóstol —*reliquias sancti salbatoris / et de sancta maria birginis / et de sancti Tome apostoli*—, escrito también en tres líneas.

La factura de las cajitas y las menciones a las reliquias del Cuerpo del Señor y de san Salvador indican que fueron destinadas a ser enterradas en altares consagrados, probablemente en los de las tres iglesias del castillo: cripta, san Pedro y castillo prerrománico. Sabido es que en las consagraciones de altares se escondían dentro del arca del ara cajitas semejantes con reliquias de santos y hostias consagradas.



del siglo de oro de la medicina. En este siglo se fundó la escuela de Salerno, que fue la primera escuela de medicina en Europa. En esta escuela se enseñaba la medicina de acuerdo con los principios de Hipócrates y Galeno. Los médicos de esta escuela eran conocidos como los "padres de la medicina".

En el siglo de oro de la medicina, se fundó la escuela de Salerno, que fue la primera escuela de medicina en Europa. En esta escuela se enseñaba la medicina de acuerdo con los principios de Hipócrates y Galeno. Los médicos de esta escuela eran conocidos como los "padres de la medicina".

En el siglo de oro de la medicina, se fundó la escuela de Salerno, que fue la primera escuela de medicina en Europa. En esta escuela se enseñaba la medicina de acuerdo con los principios de Hipócrates y Galeno. Los médicos de esta escuela eran conocidos como los "padres de la medicina".

En el siglo de oro de la medicina, se fundó la escuela de Salerno, que fue la primera escuela de medicina en Europa. En esta escuela se enseñaba la medicina de acuerdo con los principios de Hipócrates y Galeno. Los médicos de esta escuela eran conocidos como los "padres de la medicina".

## II. Arqueología

### El castillo prerrománico

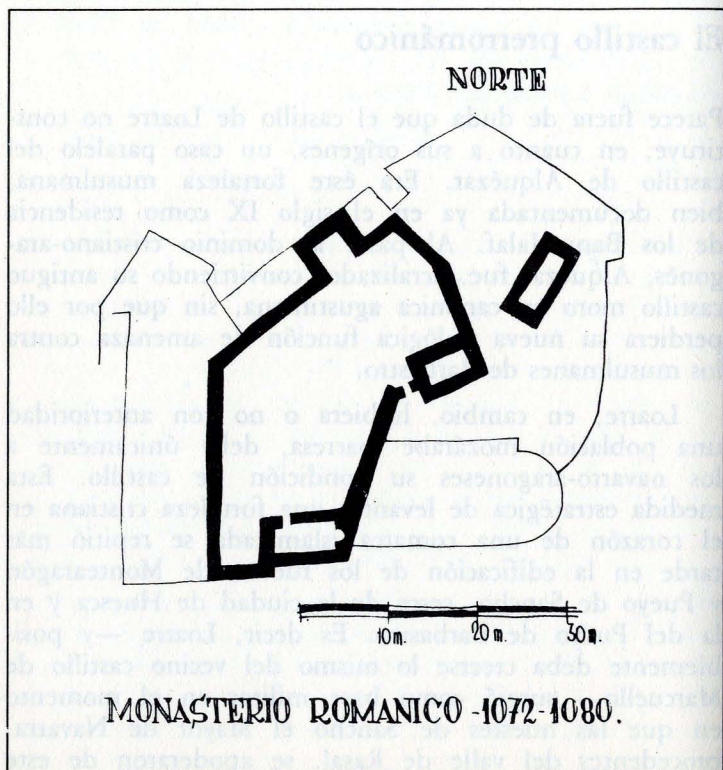
Parece fuera de duda que el castillo de Loarre no constituye, en cuanto a sus orígenes, un caso paralelo del castillo de Alquézar. Era éste fortaleza musulmana, bien documentada ya en el siglo IX como residencia de los Banu Jalaf. Al pasar al dominio cristiano-aragonés, Alquézar fue sacralizado, convirtiendo su antiguo castillo moro en canónica agustiniana, sin que por ello perdiera su nueva y lógica función de amenaza contra los musulmanes de Barbastro.

Loarre, en cambio, hubiera o no con anterioridad una población mozárabe loarresa, debe únicamente a los navarro-aragoneses su condición de castillo. Esta medida estratégica de levantar una fortaleza cristiana en el corazón de una comarca islamizada se repitió más tarde en la edificación de los fuertes de Montearagón y Pueyo de Sancho, cerca de la ciudad de Huesca y en la del Pueyo de Barbastro. Es decir, Loarre —y posiblemente deba creerse lo mismo del vecino castillo de Marcuello— surgió como base militar en el momento en que las huestes de Sancho el Mayor de Navarra, procedentes del valle de Rasal, se apoderaron de este



trozo de la Alta Sotonera, con el fin de hostigar la importante plaza de Bolea y toda esta islamizada comarca.

Bien ideada su inexpugnabilidad, Loarre fue levantado en lo alto de un mogote rocoso, erizado de agujas cortadas a pico. El perímetro del castillo prerrománico constituye el núcleo central de la actual tercera planta de la fortaleza. Se conserva su recinto amurallado, las torres llamadas «del homenaje» y «de la reina», la iglesia de Santa María —conocida también como oratorio de la reina— y los fundamentos de algún otro torreón. La subida, a cielo descubierto, se practicaba por la rampa hoy



cubierta del lado sudeste. La puerta principal, que subsiste, se encuentra entre la torre de la reina y el recio muro oriental.

Cuando en las obras de restauración se derribó la caja rectangular que ocultaba la portada principal loarresa, se encontró, aprovechada como material de relleno, una pequeña ventana de piedra de dos arquitos de herradura con mainel y leve alfiz. Trasladada al Museo Provincial de Huesca, fue destruida a causa de un derrumbamiento de parte de este edificio museístico durante el asedio que castigó la ciudad en la guerra de 1936. Era del estilo de las ventanas, conservadas aún «in situ», del grupo de iglesias mozárabes de la ribera del Gállego (Lárrede, Busa, Gavín, Susín, etc.). Como apuntamos en la parte histórica de este trabajo, podría ser reliquia de una pequeña iglesia que habría en Loarre, población cristiana sometida a los musulmanes. Pero cabe también —y quizá con mayor fundamento— la posibilidad de que dicha ventana hubiese sido de alguna edificación dentro del recinto amurallado, en tiempos de Sancho el Mayor.

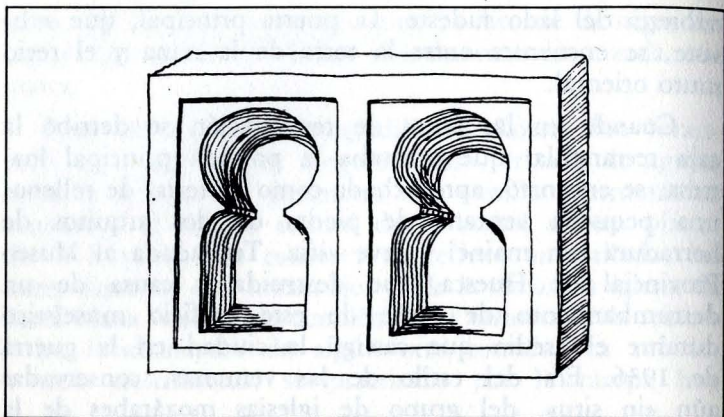
La falta de documentación escrita impide el establecimiento de una cronología segura. Sin embargo, a mi entender, no es difícil conjeturar una datación razonada muy aproximada.

El término cronológico *ad quem* es dado por el documento otorgado por Sancho el Mayor —que ya conocemos— en el año 1035: la cita de Lope Sánchez como *senior in Luar* indica la existencia en dicho año de una fortaleza ya en funcionamiento.

La fecha *a quo* ha de fijarse en los años en que se realizó la conquista de la región de Serrablo y del valle de Rasal, es decir, entre 1016 y 1020. En principio, pues, debe ser fechado el núcleo del castillo primitivo entre los años 1016 y 1034.

Quizá se pueda precisar un poco más, si se tiene en





*Ventana ajimezada*

cuenta que, hacia 1025, gracias a la influencia del obispo Oliba de Vic en la corte de Sancho el Mayor de Navarra, se introduce en los dominios de este rey el estilo lombardo, en el que se construyeron dos iglesias casi gemelas y muy distantes entre sí: la de San Caprasio de Santa Cruz de la Serós, en el condado de Aragón, y la de Santa María de Almenada, de El Run, en el de Ribagorza.

El hecho de que los constructores del castillo de Loarre no conocieran los modos lombardos, apoyaría la hipótesis de que el núcleo prerrománico fue levantado entre los años 1016, el de la conquista cristiana, y 1025, el de la introducción del estilo lombardo en los dominios de Sancho el Mayor.

Los elementos más destacados de esta conjunto primitivo, de construcción sobria, en aparejo pequeño, carente de motivos ornamentales, son la muralla, la torre del homenaje, una segunda torre —llamada de la reina— y la iglesia pequeña.

Estilísticamente cabe relacionarlo con la teoría de iglesias mozárabes de Serrablo —Lárrede, Busa, Gavín,

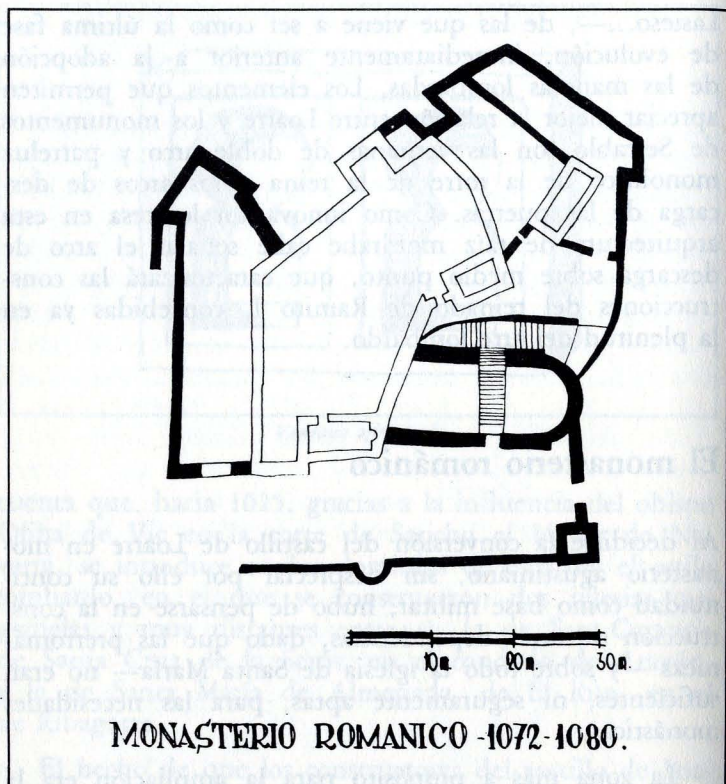
Lasieso...—, de las que viene a ser como la última fase de evolución, inmediatamente anterior a la adopción de las maneras lombardas. Los elementos que permiten apreciar mejor la relación entre Loarre y los monumentos de Serrablo son las ventanas de doble arco y parteluz monolítico de la torre de la reina y los arcos de descarga de las puertas. Como innovación loarresa en esta arquitectura de raíz mozárabe cabe señalar el arco de descarga sobre medio punto, que caracterizará las construcciones del reinado de Ramiro I, concebidas ya en la plenitud del arte lombardo.

## El monasterio románico

Al decidirse la conversión del castillo de Loarre en monasterio agustiniano, sin despreciar por ello su continuidad como base militar, hubo de pensarse en la construcción de otras dependencias, dado que las prerrománicas —y sobre todo la iglesia de Santa María— no eran suficientes, ni seguramente aptas, para las necesidades monásticas.

La zona más a propósito para la ampliación era la oriental, de declive suave. El arquitecto planeó sabiamente la obra y resolvió admirablemente los problemas de desniveles que el terreno le planteaba. Con el fin de salvarlos y de conseguir el pleno aprovechamiento del espacio disponible, se levantó la cripta —más tarde capilla de Santa Quiteria—, la portada principal y la maravillosa escalera, cubriendo la antigua rampa de subida al castillo. De esta manera salvaba el desnivel y obtenía amplio espacio para la edificación de la segunda planta, con la monumental iglesia de San Pedro. Para que ésta no quedara indefensa en su aislamiento, se amplió la fortaleza por su costado oriental, prolongando la muralla a partir de la esquina septentrional





del muro del castillo primitivo. Con ello la segunda planta se hacía en parte habitable y en parte utilizable como acceso a la tercera.

Por el lado occidental, partiendo del último torreón del castillo, se construyó el pabellón de poniente con el gran ventanal que mira al sur, llamado «mirador de la reina», más hacia la sala triangular con escalera de emergencia, al fondo de esta estancia.

El nuevo conjunto monástico fue cerrado, por medio-día, con una nueva muralla, de la que se conservan

los bajos de dos lienzos, un torreón cuadrado y otro semicircular.

La evidente relación en lo estructural y ornamental, que hay entre las construcciones monásticas de Loarre y la escuela románica de Tolosa de Languedoc, hacen pensar que los constructores y escultores loarreses procedían de más allá del Pirineo. Asimismo es preciso relacionar los capiteles de Loarre con los de la iglesia de Santa María de Iguácel, en la Garcipollera, construida a expensas del conde Sancho Galíndez, uno de los prohombres más influyentes de Aragón del siglo XI, y terminada en el año 1072, según la inscripción que se conserva en la portada. Esta da el nombre del escultor de Iguácel, Galindo Garcés, que bien pudiera haber trabajado en Loarre, después de rematar su trabajo en el valle de Garcipollera.

Adscrita la construcción loarresa al románico europeo, sobre todo en la temática decorativa de repertorio internacional —Tolosa de Languedoc, Jaca, León, Frómista...—, aporta algunas novedades dignas de nota, como el recuerdo del alfiz musulmán en la fachada meridional, los canetes con rollos de raíz califal y la cúpula, emparentada también con lo árabe.

Para establecer la cronología del monasterio románico loarrés contamos con algunos datos seguros: la fundación de la canónica fue aprobada, como explicamos antes, por el papa Alejandro II en 1071; Iguácel, según acabamos de decir, se terminó en 1072; el obispo-infante García cedía en 1076 a los canónigos de Jaca «las casas que había edificado recientemente en Loarre»; en una jamba de la puerta principal se conserva un epitafio grabado en piedra en el año 1096; y en 1097 se des-pobló el monasterio a raíz de la puesta en marcha de la abadía de Montearagón.

Todos estos datos, a mi parecer, permiten concluir que el monasterio románico de Loarre estaba ya termi-



nado en 1097: no tendría sentido la terminación de la magnífica obra loarresa una vez despoblada de canónigos. La bula de Alejandro II y la inscripción de Iguácel inducen a creer que no se comenzó antes del año 1071. Y el testimonio del obispo infante da 1076 como el año en que estaba terminado, por lo menos, buena parte del monasterio. Añadiendo a esta data algunos años más, parece que la construcción de la canónica románica de Loarre puede ser fechada entre 1072 y 1080.

## Elementos posteriores

A mediados del siglo XII los castillos altoaragoneses, salvo los fronterizos con Navarra, habían perdido su valor militar. Y con el fin de hacerlos rentables a la corona y a los tenentes, se procedió a la población de buen número de ellos.

Aunque no se conservan datos documentales, el de Loarre no escapó a esta transformación de castillo a villa, probablemente, en tiempo del conde-príncipe Ramón Berenguer IV o, a lo más, del rey Alfonso II. Hay dos razones que avalan nuestra suposición: es una, que en adelante ya no se habla del castillo de Loarre, sino del «castillo y villa» de Loarre; es la otra, la desproporción e inconveniencia estratégica de la muralla conservada, si se la concibiera como simple defensa del castillo.

Afortunadamente, ni la fortaleza ni las dependencias monásticas fueron convertidas en viviendas, siendo las edificaciones urbanas asentadas en los lados oriental y meridional, los únicos aptos para el levantamiento de la villa loarresa.

Probablemente la matanza y prisión de buen número de vecinos de Loarre por Pedro de Ayerbe en 1287

hizo sentir la necesidad de amurallar la villa con el fin de defender a sus habitantes. La muralla, de aparejo tosco y pequeño, debió de ser levantada durante los años siguientes a tan sangrienta experiencia.

Está claro que en el interior del castillo, sobre todo en la planta superior, se encuentran elementos arquitectónicos que no responden a las etapas del castillo prerrománico ni del monasterio agustiniano. Son las estancias que hubo dentro del perímetro del patio de armas de la primitiva fortaleza y los restos de pisos levantados encima de las salas monacales.

Los datos documentales conservados sólo permiten conjeturar una hipótesis, que conjuga con los rasgos estilísticos mantenidos. Parece seguro que se trata de un proyecto de suavización de las condiciones de habitabilidad del castillo y del monasterio antiguos, pensado para una mayor comodidad de los señores y criados que ocuparon sus estancias.

Por lo que es dado saber, la alteración sólo pudo producirse durante el período de casi veinticinco años del señorío de Loarre por el acaudalado Pedro Jordán de Urriés que, como se ha apuntado en páginas anteriores, compró al rey Pedro IV el castillo y la villa, los cuales fueron poseídos por él y sus herederos hasta el año 1381.

Parece confirmar la hipótesis el hecho de que los vecinos de Loarre, al redimir para el rey el señorío del castillo y de la villa, tuvieron que pagar el importe de la venta, 12.000 sueldos jaqueses, más otros 3.000, suma a que ascendían los gastos efectuados por los compradores. Suma importante que representa la cuarta parte del valor total del señorío loarrés y que pudo invertirse en las obras de adaptación del castillo. Y quizá, apurando un poco más el alcance de la suposición, podría fecharse esta inversión entre 1357 y 1360, año este último en que el comprador de Loarre gastó



otra cantidad considerable en la compra de la baronía de Ayerbe.

## Obras de restauración

La conservación del conjunto de Loarre estuvo durante siglos a cargo de la Cofradía de Santa María del Castillo que, aun siendo responsable del deterioro efectuado en el maravilloso relieve que remataba la puerta principal románica con motivo de la construcción de un edificio-hospedería adosado a la fachada meridional en el siglo XVIII, tiene el mérito de haber conseguido que el monumento, en envidiable estado de conservación, haya llegado hasta nuestros días.

Fue en los primeros años de la actual centuria que el párroco de Loarre, Joaquín Torres —que lo fue después de la basílica de San Lorenzo de Huesca— lanzó la idea de la necesidad que el castillo tenía de una urgente obra de consolidación. Idea que interesó a todo el pueblo loarrés y a la Comisión Provincial de Monumentos, a la que el párroco se dirigió, junto con el alcalde de la villa, en mayo de 1904.

Tras dos años de gestiones, realizadas con el apoyo de Manuel Camo, influyente senador por la provincia de Huesca, se consiguió que, por real orden de 5 de mayo de 1906, el castillo de Loarre fuera declarado Monumento Nacional. Sin embargo, no se obtuvo ayuda económica alguna hasta ocho años después.

En abril de 1913 el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes encargó al arquitecto zaragozano Luis de la Figuera y Lezcano el proyecto de obras necesarias para la conservación del castillo. Otro influyente personaje de la política de la época, Miguel Moya, diputado a Cortes por el distrito de Huesca, hizo aprobar el pro-

yecto y que en el mes de septiembre de 1914 se ordenara el primer libramiento, montante un total de 7.796 pesetas, al que se sumó otro, en marzo del año siguiente, por un total de 16.816 pesetas.

El arquitecto La Figuera, asesorado por la Comisión Provincial de Monumentos y, principalmente, por el ilustre historiador Ricardo del Arco, llevó a cabo una inteligente restauración del castillo con obras de desescombro, que pusieron de manifiesto las diversas dependencias del conjunto.

En los últimos años —desde 1975 y las obras continúan todavía— el castillo ha merecido la atención del Estado, a través de la Dirección General de Arquitectura, antes del Ministerio de la Vivienda y actualmente del de Obras Públicas y Urbanismo. El inclemente paso del tiempo, los efectos de algún fenómeno meteorológico y la vegetación espontánea auguraban a no muy largo plazo un grave deterioro de las diversas dependencias de la fortaleza y, sobre todo, de la iglesia de San Pedro.

Las obras de conservación y restauración han sido proyectadas y dirigidas por el arquitecto Francisco Pons-Sorolla y Arnau, cuya especialización está sobradamente acreditada dentro del propio patrimonio histórico-artístico de la provincia de Huesca. Ha realizado una labor concienzuda y escrupulosamente respetuosa con la originalidad del monumento, que ha logrado acercar en gran medida a su fisonomía primitiva.

## Guía del castillo

Apoyándonos en los planos del castillo de Loarre trazados por su arquitecto restaurador, Luis de la Figuera y Lezcano, cuyos originales se guardan actualmente en



la secretaría del Ayuntamiento de la villa, al que los donó su autor, pretendemos en las páginas siguientes de este trabajo describir, estancia por estancia, el conjunto loarrés tal como se conserva en nuestros días. Hemos numerado las distintas dependencias de manera que, para facilitar la orientación del visitante, los números que figuran en los planos de cada planta corresponden a los que se escriben en este texto.

## Perímetro amurallado

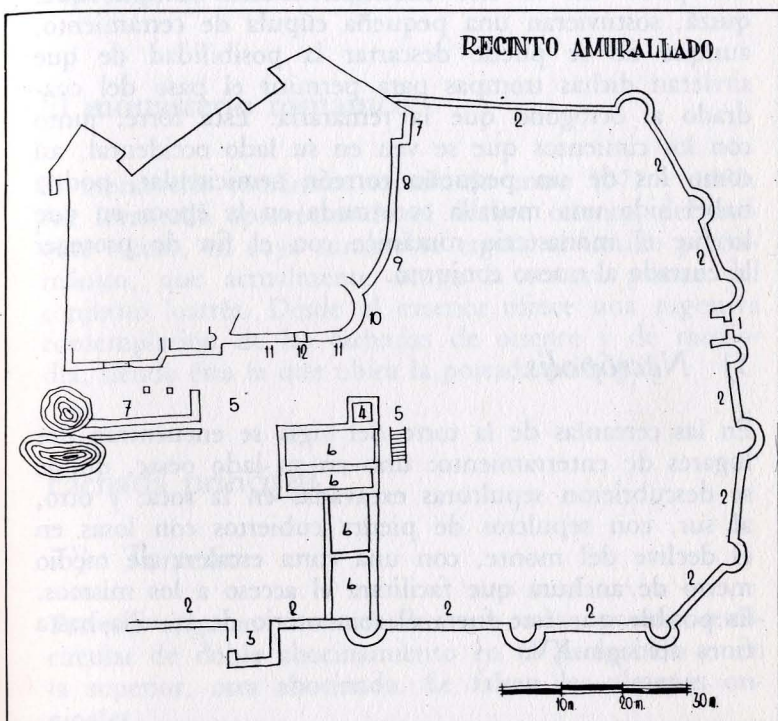
La muralla de la villa de Loarre, levantada probablemente entre 1287 y los últimos años del siglo XIII, tiene forma de U y protege los lados norte, este y sur. Una muralla de roca viva y el propio castillo defienden bien el costado occidental. Se compone de diez lienzos de muro, de un espesor de 1,30 metros, unidos por nueve torreones semicirculares y uno rectangular. La longitud de los muros oscila entre los 30 y los 10 metros, mientras que el diámetro de los torreones va de los 3,35 a los 4,40 metros. Tanto los torreones como los lienzos de la muralla han perdido las almenas que los remataban (núms. 1, 2, 3).

### 1) *Puerta oriental*

La puerta principal, que mira a sol naciente, es de arco de medio punto y está flanqueada por dos robustos torreones de planta semicircular.

### 3) *Puerta de mediodía*

La puerta de mediodía, llamada también «de los reyes», es de sencillo arco de medio punto y se encuentra en





el único torreón rectangular de la muralla, en cuyo muro oeste se abre. La torre es de tres plantas, conservando todavía los arranques de los arcos de sustentación.

#### 4) *Torre del vigía*

La torre del vigía es de planta cuadrada y tuvo también tras pisos. En lo alto subsisten cuatro trompas que, quizá, sostuvieran una pequeña cúpula de cerramiento, aunque no se puede descartar la posibilidad de que sirvieran dichas trompas para permitir el paso del cuadrado al octógono que la remataría. Esta torre, junto con los cimientos que se ven en su lado occidental, así como los de un pequeño torreón semicircular, podría haber sido una muralla construida en la época en que lo fue el monasterio románico con el fin de proteger la entrada al nuevo conjunto.

#### 5) *Necrópolis*

En las cercanías de la torre del vigía se encuentran dos lugares de enterramiento: uno en su lado oeste, donde se descubrieron sepulturas excavadas en la roca; y otro, al sur, con sepulcros de piedra cubiertos con losas en el declive del monte, con una corta escalera de medio metro de anchura que facilitara el acceso a los mismos. Es posible que éste fuera el cementerio de la villa hasta fines del siglo XV.

#### 6) *Pabellones derruidos*

Al procederse a la limpieza del recinto amurallado, se encontraron los cimientos de cuatro pabellones que, unidos a la torre del vigía, llegaban hasta el último torreón semicircular de mediodía. No consta de su uti-

lización, pero cabe pensar que se trata de viviendas de la villa medieval.

## 7) *Aljibe*

Es una edificación de dos plantas, en parte perteneciente a la muralla del monasterio románico, destinada a cisterna, de fines del siglo XII.

## El monasterio románico

El monasterio románico, construido entre 1072 y 1080, fue levantado aprovechando el declive oriental del mogote rocoso, en cuya cumbre se erguía el castillo prerrománico, que actualmente ocupa la tercera planta del conjunto loarrés. Desde el exterior ofrece una sugestiva contemplación de las fachadas de oriente y de mediodía, siendo ésta la que ubica la portada principal.

## Fachada principal

### 7') *Torreón*

Torreón angular, desmochado, con una ventana semicircular de doble abocinamiento en la parte baja y, en la superior, otra abocinada. Le faltan las almenas originales.

### 8) *Paramento*

Paramento de dos pisos: en el primero una ventana semicircular doblemente abocinada y dos aspilleras; en



el segundo piso, en el hueco de un muro caído, había, formando triángulo, tres ventanas, siendo la del vértice de dos arcos separados por una columna y abocinadas las otras dos; a continuación de éstas, y a su mismo nivel, subsisten dos aspilleras y otra ventana abocinada.

### 9) *Muro de las escaleras*

Muro dispuesto en forma de ángulo muy abierto. En la rampa del primer piso, dos ventanas doblemente abocinadas; y en la parte superior, dos pares de ventanas de arcos de medio punto, ajimezadas.

### 10) *Abside*

El exterior del ábside de la cripta y de la iglesia de San Pedro cierra la esquina sudoriental del conjunto loarrés. De planta semicircular, aparece en su exterior dividido horizontalmente en tres zonas desiguales por dos impostas ajedrezadas: en la primera, correspondiente a la cripta, tres ventanales tapiados y aspilleros, de arcos de medio punto que descansan sobre capiteles esculpidos, cuyos ábacos se extienden en forma de impostas ajedrezadas. En la segunda zona, que corresponde a la arquería ciega del interior del ábside de la iglesia de San Pedro, no aparece ornamentación alguna. Y en la tercera, otros tres ventanales de las mismas características que los de la primera zona.

Los motivos escultóricos de los capiteles son florales y de animales fantásticos.

Verticalmente el ábside se divide también en tres zonas, señaladas por haces de columnas y contrafuertes. A cada una le corresponden un ventanal de la cripta y otro de la iglesia de San Pedro.

## Fachada meridional

La fachada meridional está compuesta de tres cuerpos que, en planta, siguen una línea escalonada: la fachada del monasterio, el paramento sur de la iglesia prerrománica y el muro con el gran ventanal del mirador de la reina. Trataremos de estos dos últimos al recorrer la tercera planta.

### 11) *Fachada meridional del monasterio*

La fachada meridional del monasterio románico termina con el cuerpo que encierra la cúpula de la iglesia de San Pedro, cuerpo que es octogonal en su segundo piso y cuadrado en el primero.

En la parte superior del paramento hay una ventana y debajo de ésta otras dos formando triángulo. Los ábacos de éstas se extienden en imposta ajedrezada, corriendo horizontalmente el muro hasta enlazar, inclinando la línea, con el primer ábaco de una cuarta ventana practicada cerca del fondo de la iglesia. Las cuatro ventanas tienen las mismas características que las absidiales: arcos de medio punto que descansan sobre capiteles esculpidos y columnas.

### 12) *Portada*

La portada del monasterio románico forma un cuerpo ligeramente saliente del paramento de la fachada, cubierto por un leve tejazoz. Puerta de tres arcos de medio punto, el central de los cuales es hemisférico y descansa sobre sendos capiteles labrados con motivos ornamentales y columnas. El arco más saliente termina, a manera de guardapolvo, en una imposta semicircular ajedrezada.



Encima de las arcadas puede verse la parte baja de un gran relieve sobre imposta ornada de billetes, cuyo tercio superior se ha perdido. El fragmento conservado permite adivinar el contenido original: en el centro había el Pantocrátor —Cristo, maestro del mundo, sentado— dentro de un nimbo elíptico, rodeado del Tetramorfo —símbolos de los cuatro evangelistas—. A los lados de esta composición central, sendos ángeles alados, sosteniendo escudos, uno de los cuales se conserva y presenta esta inscripción: *Gabriel fortitudo Dei* (= Gabriel, la fortaleza de Dios). En el extremo de la izquierda, cinco figuritas que, al parecer, están bogando sobre las olas del mar, representando, quizá, la pesca milagrosa. En la orla elíptica del Pantocrátor se conservan algunas letras de una inscripción que seguramente aludía a la Iglesia y a Cristo como fuentes de vida. Cuatro canecillos, presentando cabezas de toro y caballo, sostienen el tejazoz. Entre ellos pueden verse fragmentos de relieves con ángeles y santos. Es pena que no haya llegado a nosotros este relieve que sería la gran obra escultórica del monumento de Loarre.

† IN DE I N N E : H I E R E  
 O V I E S C I T F A M V L V S D E  
 I T V L G A S O V I O B I I T P R I  
 D I E K L S D E L E B R I S : I N E  
 R A M C X X X I I I I : O V I  
 L E G E R I T I S T A S L I T E R S  
 O R E T P A T E R X E M R E  
 I E V I L E R E C E S C I T M A E

*Epitafio de Tulgas (1096)*

En la jamba de la derecha de la puerta hay otra inscripción, funeraria ésta, de ocho líneas, en letra mozárabe, un tanto maltrecha por la intemperie, sobre todo en la parte baja. Dice:

+ IN DEI NOMINE. HIC RE-  
QVIESCIT FAMVLVS DE-  
I TVLGAS QVI OBIIT PRI-  
DIE KALENDAS DECEMBRIS IN E-  
RA M C XXX IIII QVI  
LEGERIT ISTAS LITERAS  
ORET PATER AVE MARIA REQV-  
IE VT ILLE REQVIESCAT IN PACE

Su traducción: «En el nombre de Dios. Aquí descansa el siervo de Dios TULGAS, que murió el 30 de noviembre de la era 1134 (= año 1096). Quien lea estas letras, rece un Padre nuestro, Ave María y Requiem para que descanse en paz».

## Planta primera

### 13) *Escalera principal*

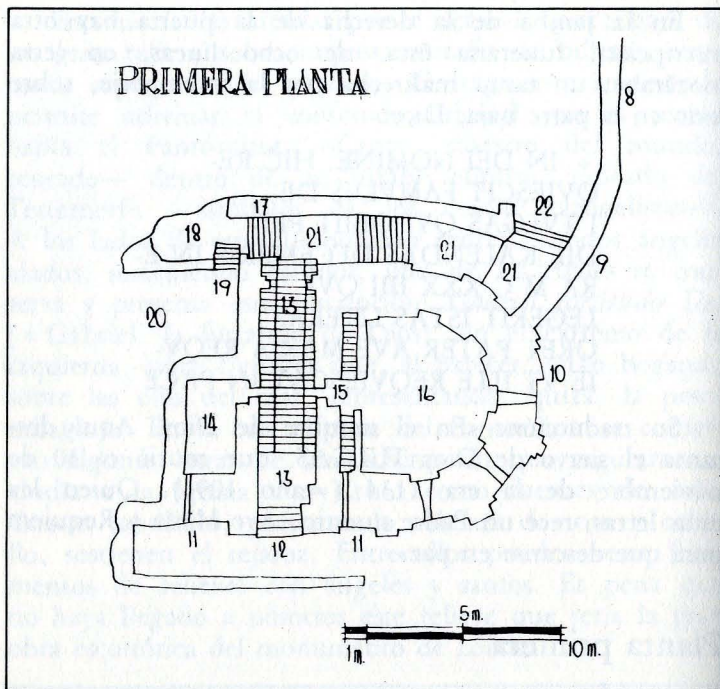
La escalera principal o de honor, situada debajo de la iglesia de San Pedro, consta de una tramada de veintisiete peldaños, que parten del descanso contiguo a la puerta de entrada. Presenta un andén central y dos aceras laterales, los escalones de las cuales son un poco más altos que los de aquél.

Corren ambos muros sendas impostas ajedrezadas de las que arranca la bóveda de cañón seguido.

### 14) *Cuerpo de guardia*

A mitad de la escalera se abre una puerta de arco de medio punto que comunica con el cuerpo de guardia,





sala rectangular abovedada, iluminada por una aspillera que da a la fachada meridional.

### 15) Puerta de la cripta

Frente a la puerta anterior y en el muro opuesto se abre la que comunica con la cripta. Es también sencilla, de arco de medio punto, en cuya cima se conserva un crismón inciso en piedra dentro de aureola circular saliente. Crismón que no es fácil interpretar.

Presenta el grupo tradicional, compuesto por las letras X—P con la alfa y la omega, las cuatro del alfabeto griego. En los extremos del palo que cruza hori-

zontalmente las dos primeras, las letras latinas S—E, de mayor tamaño que las que figuran en los extremos de la X: D—N, I—H, y que la que se halla en la parte inferior de la P, una R.

El profesor A. San Vicente cree adivinar en este crismón una manifestación de la influencia bizantina en Loarre y piensa que se trata de una reproducción de la leyenda de la numismática imperial, acuñada entre los años 685 y 1067: *Dominus Noster IHesus XPistus Alfa et Omega Rex regnantium* (en mayúsculas las letras conservadas y en minúsculas las suplidas).

Interpretación sugestiva, ciertamente, pero un tanto forzada, sobre todo si se tiene en cuenta la caprichosa dispersión de las letras en la lectura que propone.

Aparte el grupo XP de rigor, los caracteres principales, los más destacados por su tamaño, son la S y la E, a las que corresponderá probablemente el inicio de la frase. Partiendo de éstas y siguiendo el orden presentado por las demás, de menor tamaño, creemos que la interpretación ha de ser ésta: *Sancta Ecclesia Domini Nostri Ihesu XPisti Alfa et Omega Redemptoris Hominum*. «Santa Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, principio y fin, Redentor de los Hombres».

## 16) *Cripta*

Antiguamente dedicada a Santa Quiteria. Es de planta semicircular peraltada, cubierta por bóveda de cañón en el rectángulo y por bóveda de cuarto de esfera en el semicírculo, que arrancan de imposta ajedrezada. El pavimento es de roca viva que, en uno de los ángulos aparece prominente, sin haber sido rebajada al nivel del suelo.

En el semicírculo absidial, cinco arcadas sostenidas por columnas, cuyos ábacos continúan en imposta aje-



drezada. Los capiteles de labra sencilla esculpen motivos de fauna y flora. Las tres arcadas de la derecha, que corresponden a los tres ventanales acusados en el exterior, tienen ventana de medio punto, abocinada hasta terminar en delgada aspillera.

A uno y otro lado de la puerta de entrada, paralelas al muro de la escalera, dos angostas escaleras, a las que se accede por sendas puertas de arco de medio punto, cubiertas con bóveda de cañón en bajada, que conducen al pavimento de la iglesia de San Pedro. La escalerilla de la derecha recibe luz de una delgadísima aspillera que se abre en la fachada meridional. Junto a la puerta de esta escalera, un curioso relieve con la figura de un perro.

## Planta segunda

### 17) *Escalera*

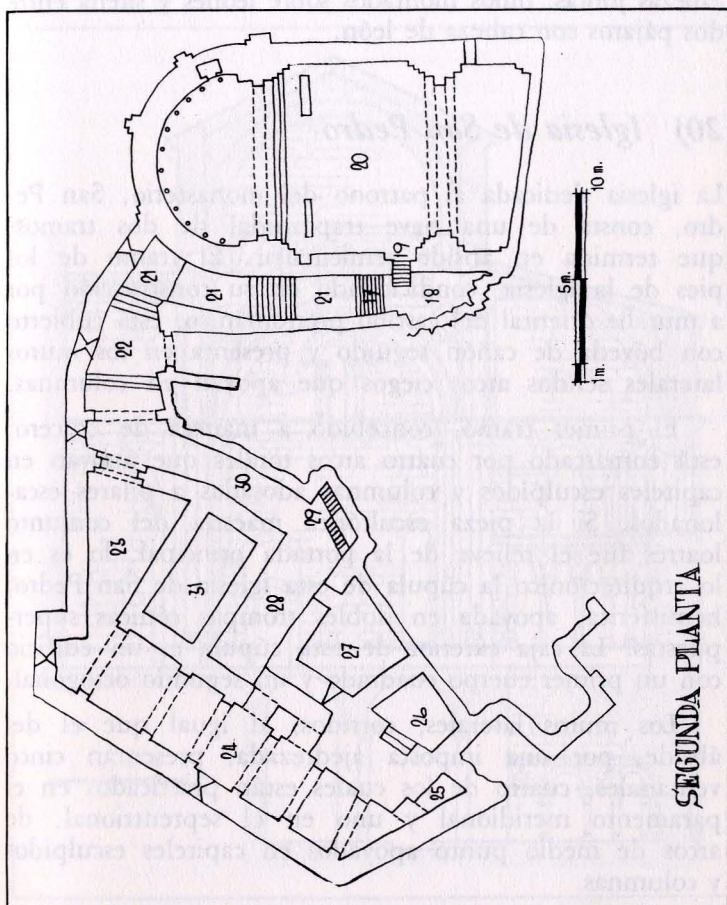
Esta escalera, que comunica con la de honor, conduce a la iglesia de San Pedro.

### 18) *Atrio*

Patio triangular, sin cubrir, frente a la portada de la iglesia de San Pedro. Aquí estuvo el sepulcro, profanado en el siglo XVIII, que se decía ser del conde Julián, el que facilitara a Tarik la entrada de los árabes a España en el 711.

### 19) *Portada de la iglesia de San Pedro*

La portada de la iglesia de San Pedro consta de dos arcos semicirculares de arista viva y, en medio de ambos,





un tercero esférico que apea en ábacos floreados y capiteles esculpidos con hojas de acanto. Un cuarto arco, ajedrezado, a modo de archivolta.

Encima, ventana de capiteles que presentan aves de cabezas juntas, niños montados sobre leones y sirena entre dos pájaros con cabeza de león.

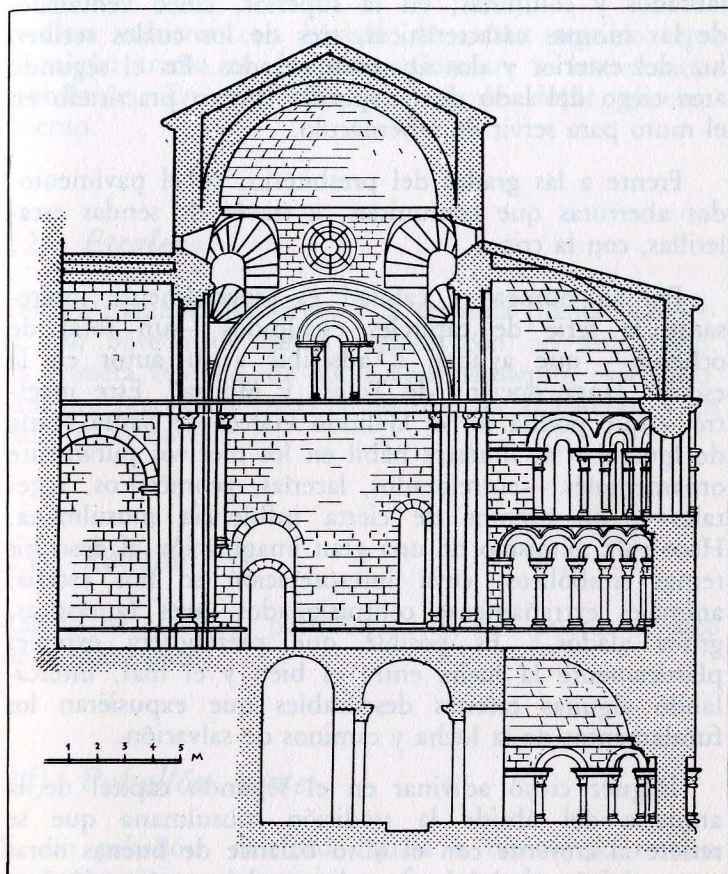
## 20) *Iglesia de San Pedro*

La iglesia dedicada al patrono del monasterio, San Pedro, consta de una nave trapezoidal de dos tramos, que termina en ábside semicircular. El tramo de los pies de la iglesia, condicionado en su construcción por a muralla oriental del castillo prerrománico, está cubierto con bóveda de cañón seguido y presenta en los muros laterales sendos arcos ciegos que apoyan en columnas.

El primer tramo, concebido a manera de crucero, está enmarcado por cuatro arcos torales que apoyan en capiteles esculpidos y columnas adosadas a pilares escalonados. Si la pieza escultórica maestra del conjunto loarrés fue el relieve de la portada principal, lo es en lo arquitectónico la cúpula de esta iglesia de San Pedro, hemisférica, apoyada en dobles trompas cónicas superpuestas. La caja exterior de esta cúpula es un edificio con un primer cuerpo cuadrado y un segundo octogonal.

Los muros laterales, corridos, al igual que el del ábside, por una imposta ajedrezada, presentan cinco ventanales, cuatro de los cuales están practicados en el paramento meridional y uno en el septentrional, de arcos de medio punto apoyados en capiteles esculpidos y columnas.

El arco de entrada al ábside, de medio punto, apeado en capiteles esculpidos y columnas, presenta el trasdós decorado con el motivo ajedrezado que tanto se prodiga en las construcciones del monasterio románico.





El ábside, cubierto con bóveda de cuarto de esfera, se divide horizontalmente en dos zonas, separadas por una imposta también ajedrezada: en la zona baja, arquería ciega de trece arcos de medio punto bajo imposta semicircular ajedrezada, que apoyan en capiteles labrados y columnas; en la superior, cinco ventanales de las mismas características, tres de los cuales reciben luz del exterior y dos aparecen cegados. En el segundo arco ciego del lado de la epístola, hueco practicado en el muro para servir de tabernáculo.

Frente a las gradas del presbiterio, en el pavimento, dos aberturas que comunican, a través de sendas escaleras, con la cripta.

Por su número y calidad es especialmente interesante la serie de capiteles esculpidos —un total de ochenta— que ayudan a adscribir a su autor en la escuela languedociana de Tolosa y Moissac. Este maestro —que podría ser el Galindo Garcés de Santa María de Iguácel— se muestra hábil en los motivos puramente ornamentales —entrelazados, lacerías, geométricos, vegetales—, no exentos de cierta influencia musulmana. Hace gala asimismo de una gran imaginación al describir temas simbólicos, cuya interpretación se nos escapa: animales extrañamente contorsionados, aves fantásticas, grifos alados... Es posible que pretendiera exponer plásticamente la lucha entre el bien y el mal, intercalando algunas escenas descifrables que expusieran los fundamentos de la lucha y caminos de salvación.

Iñiguez creyó adivinar en el segundo capitel de la arquería del ábside la tradición musulmana que se refiere al creyente con el libro balance de buenas obras entre el león y el lobo guardianes del paraíso islámico. Pero parece que el escultor, quizá con ideas poco claras, quiso narrar en éste y otros dos capiteles la historia del profeta Daniel, al que presenta entre leones, más o menos logrados, junto a la serpiente sagrada de Baal

y en oración. Añade a este tema la escena bíblica del pecado original.

## 21) *Escalera*

Escalera cubierta con bóveda de cañón seguido, que en algún tramo es de arista. Conduce a las estancias monásticas. En el fondo ventana de doble abocinamiento.

## 22) *Escalera*

Tercera tramada del acceso a la segunda planta. Cubierta con bóveda de cañón seguido con un arco fajón. La primera ventana, de doble abocinamiento, está curiosamente practicada en el muro que da al exterior y en parte de la bóveda.

## 23) *Rampa*

Rampa de acceso al pabellón norte, con puerta de arco de medio punto.

## 24) *Pabellón norte*

Es un pabellón, destinado quizá a dormitorio común de los canónigos agustinianos. Se trata de una estancia subdividida por arcos que parten del suelo en siete tramos, de planta irregular el primero y el último. Posiblemente, en épocas posteriores fue levantado hasta formar tres pisos.



### 25) *Habitación pequeña*

Pequeña habitación trapezoidal, destinada quizá a letrina del dormitorio contiguo.

### 26) 27) *Depósitos*

Dos depósitos, quizá de víveres, abovedados.

### 28) *Depósito*

Otro depósito semejante a los anteriores, pero éste cubierto con bóveda de un cuarto de círculo.

### 29) *Escalera*

Escalera de subida al piso superior.

### 30) *Depósito*

Depósito, cubierto con bóveda de cuarto de círculo.

### 31) *Torre del homenaje*

Parte baja de la torre del homenaje del castillo prerrománico, alrededor de la cual fueron levantadas las dependencias monásticas de la segunda planta actual.

## El castillo prerrománico

La tercera planta del conjunto loarrés consta de dos zonas bien diferenciadas: una está formada por el se-

gundo piso de las edificaciones monásticas, como hemos dicho, alrededor de la base de la torre del homenaje; y otra es la emplazada en el llano del alto del mogote rocoso que, naturalmente, no tiene pisos inferiores y corresponde al perímetro primitivo del castillo prerrománico.

### 31) *Torre del homenaje*

La torre del homenaje es de planta rectangular, tiene una altura de 22 metros y está rematada por almenas, las únicas del castillo conservadas. Es posible que estuviera exenta: pudo comunicar con la torre de la reina por medio de un puente a manera de paso de ronda, però éste no aparece. Tiene ventanas de arco de medio punto en las mismas almenas, a cielo abierto. Ventanas de iguales líneas dan luz al último piso y estrechas aspilleras al antepenúltimo. Pertenece a la fábrica del castillo prerrománico.

### 32) *Habitación de tránsito*

Esta habitación de tránsito tiene dos ventanas abocinadas de arco de medio punto, con dos puertas enfrentadas que dan al segundo piso del pabellón norte y a la rampa-mirador. Forma parte de las construcciones monásticas.

### 33) *Rampa-mirador*

Construida también como parte del monasterio románico, con dos bellas ventanas ajimezadas de arcos de medio punto.





### 34) *Patio*

Patio de acceso al castillo prerrománico.

### 35) *Puerta principal*

Puerta principal del castillo prerrománico. Es de arco de medio punto y presenta los caracteres de raigambre mozárabe que se repiten en casi todas las aberturas del núcleo primitivo. El arco está formado por dovelas, encima de las cuales corre un segundo arco, no saliente, formado a base de sillares rectangulares.

### 36) *Torre de la reina*

De planta rectangular, tiene aspilleras y ventanas sencillas de arco semicircular en los dos pisos inferiores, y en el superior, en su lado sur, una interesante galería con tres ventanas de dobles arcos con ajimeces y una ventana de las características que hemos apuntado al tratar de la puerta principal. Pertenece a la fábrica del castillo prerrománico.

### 37) *Muralla oriental*

Lienzo de muro del castillo prerrománico que une la portada con la iglesia de Santa María.

### 38) *Iglesia de Santa María*

Es llamada también «oratorio de la reina» y «capilla de la reina». Sala rectangular, pequeña, cubierta con bóveda de cañón seguido y terminada en ábside semicircular con bóveda de un cuarto de esfera. La puerta de entrada,



practicada en el paramento septentrional, es de igual factura que la principal del castillo. En los dos muros laterales, dos ventanas abocinadas que toman en el interior forma de aspillera. Otra ventana, oblicua ésta, en el ábside.

### 39) *Torreón desaparecido*

Posible emplazamiento de un torreón rectangular del castillo prerrománico, que sólo se conserva en sus cimientos. Ventana de arco de medio punto, abocinada.

### 40) *Mirador de la reina*

Gran ventanal orientado hacia el sur. Arcos semicirculares y dos capiteles esculpidos con motivos florales. Junto al ventanal, medio fuste cilíndrico adosado al muro. Es de la época en que se construyó el monasterio.

### 41) *Pabellón occidental*

Pabellón que se consideraba destinado a habitaciones nobles. Actualmente derruido, su traza fue dada por la cimentación. Constaba de dos largas naves, separadas por arcos y subdivididas por arcos también en siete tramos cada una. Por falta de elementos es difícil su datación: podría tratarse de una dependencia monástica o de una edificación del siglo XII o XIII.

### 42) *Sala*

Sala triangular, con escalera de descenso al barranco, utilizable en casos de emergencia. Bien pudo ser —es simple hipótesis— la cocina del monasterio románico.

### 43) *Escalera de emergencia*

No parece que condujera hasta el fondo del barranco. Posiblemente, llegando a cierta altura, terminaría y para bajar al fondo haría falta la utilización de una escalera de cuerda.

### 44) *Patio de armas*

Amplio patio de cinco lados desiguales, llamado también «jardín de la reina», a 1.070 metros sobre el nivel del mar.

### 45 y 46) *Aljibes*

Aljibes abovedados, sin luz, recubiertos con material hidráulico.



# Bibliografía

## Fuentes

- E. IBARRA MARTÍNEZ, *Documentos correspondientes al reinado de Ramiro I*, Zaragoza, 1904.
- J. SALARRULLANA DE DIOS, *Documentos correspondientes al reinado de Sancho Ramírez*, I, Zaragoza, 1907.
- E. IBARRA MARTÍNEZ, *Documentos correspondientes al reinado de Sancho Ramírez*, II, Zaragoza, 1913.
- P. KEHR, *Papsturkunden vorarbeiten zur Hispania Pontificia*, II, Navarra und Aragon, Berlín, 1928.
- A. UBIETO ARTETA, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, Zaragoza, 1951.
- A. CANELLAS, *Colección diplomática de San Andrés de Fanlo*, Zaragoza, 1964.
- A. DURÁN GUDIOL, *Colección diplomática de la catedral de Huesca*, I, Zaragoza, 1965, y II, Zaragoza, 1969.

## Estudios

- P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro histórico de las iglesias del reyno de Aragón*, VI, Pamplona, 1796.
- J. M. QUADRADO, *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*. Aragón, Barcelona, 1886.
- MARQUÉS DE MONSALUD, *El castillo de Loarre*, «Bol. R. A. de la Historia» 32 (1898), pp. 9 ss.
- V. LAMPÉREZ ROMEA, *La iglesia de Santa María del castillo de Loarre*, «B. S. E. de Excavaciones» 9 (1901).
- I. GIL, *El castillo de Loarre*, Burgos, 1905.

- MARQUÉS DE MONSALUD, *Informe sobre el castillo de Loarre*, «*Bol. R. A. de Historia*» 57 (1905), pp. 448 ss.
- A. GASCÓN DE GOTOR, *El castillo de Loarre*, «*Nuestro Tiempo*», 1906.
- R. DEL ARCO GARAY, *El castillo de Loarre*, «*Linajes de Aragón*», 6 (1915).
- A. GASCÓN DE GOTOR, *El castillo roquero de Luar*, «*Estudio*» (Barcelona, 1915).
- L. DE LA FIGUERA LEZCANO, *El castillo de Loarre*, «*Arquitectura*» 6 (1914).
- R. DEL ARCO GARAY, *El castillo real de Loarre*, Madrid, 1917.
- L. DE LA FIGUERA LEZCANO, *El castillo de Loarre monumento nacional*, Zaragoza, 1919.
- R. DEL ARCO GARAY, *Catálogo monumental de España. Huesca*, Madrid, 1942.
- M. CHAMORRO LAMAS *Revisión de las formas constructivas en el castillo de Loarre*, «*Arch. Español de Arte*» 15 (1943).
- A. UBIETO ARTETA, *Los relicarios de Loarre*, en «*Est. de Edad M. de la Corona de Aragón*» 3 (Zaragoza, 1947-48), pp. 476 ss.
- A. DURÁN GUDIOL, *Huesca y su provincia*, Barcelona, 1957.
- J. ALBAREDA y J. BLASCO IJAZO, *Monumentos declarados histórico-artísticos en Huesca y su provincia*, Zaragoza, 1957.
- V. VALENZUELA FOVED, *El castillo de Loarre*, Huesca, 1957.
- F. B. TORRALBA, *Guía artística de Aragón*, Zaragoza, 1960.
- A. DURÁN GUDIOL, *La iglesia de Aragón durante los reinados de Sancho Ramírez y Pedro I*, Roma, 1962.
- R. DEL ARCO, *El castillo-abadía de Loarre*, «*Seminario de Arte Aragonés*» 13-14 (1968), pp. 5 ss.
- J. GIL MARRACO, *Loarre, castillo gigante*, Zaragoza, 1970.
- F. INIGUEZ, *Las empresas constructivas de Sancho el Mayor. El castillo de Loarre*, «*Arch. Español de Arte*» 43 (1970).
- A. CANELLAS y A. SAN VICENTE, *Aragon roman*, St. Leger Vauban, 1971.
- F. INIGUEZ, *Las arquetas de reliquias del castillo de Loarre*, «*Homenaje a D. J. M. Lacarra*», I, Zaragoza, 1977, pp. 165 ss.
- K. WATSON, *The torbels in the Dome of Loarre*, «*Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*», 41 (1978), pp. 297 ss.



# Ilustraciones



*El castillo desde el Sur*



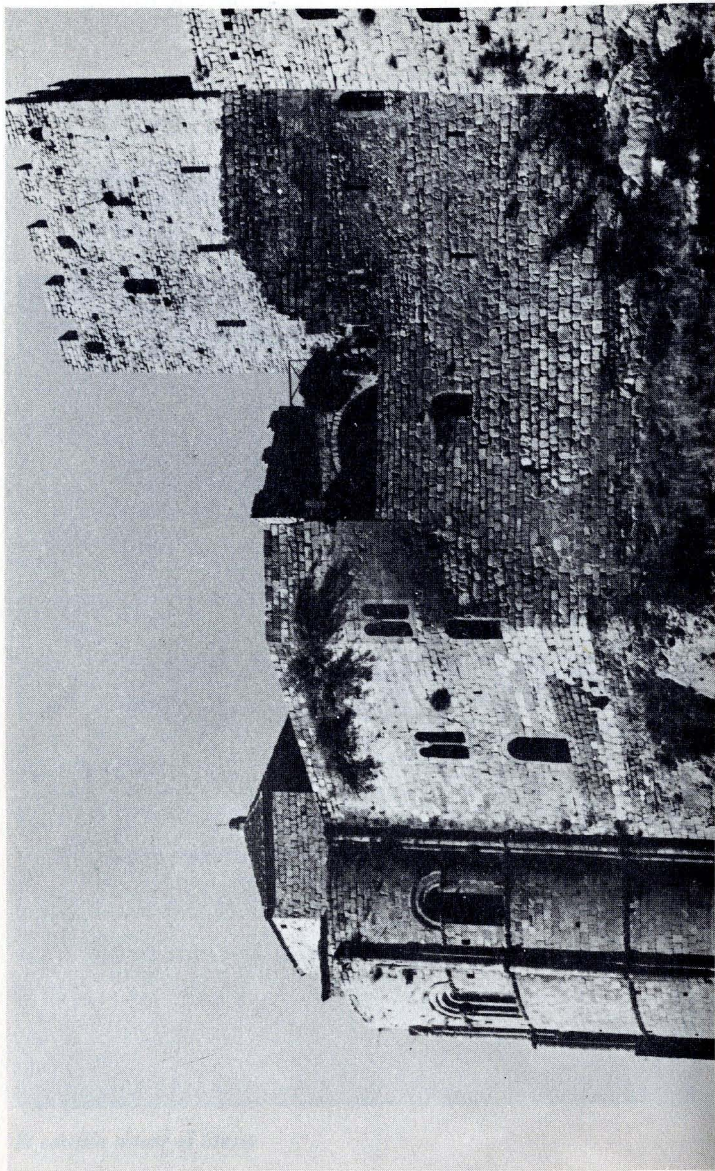


*El castillo desde el Oeste*



*Fachada de la iglesia. Torre del vigía*





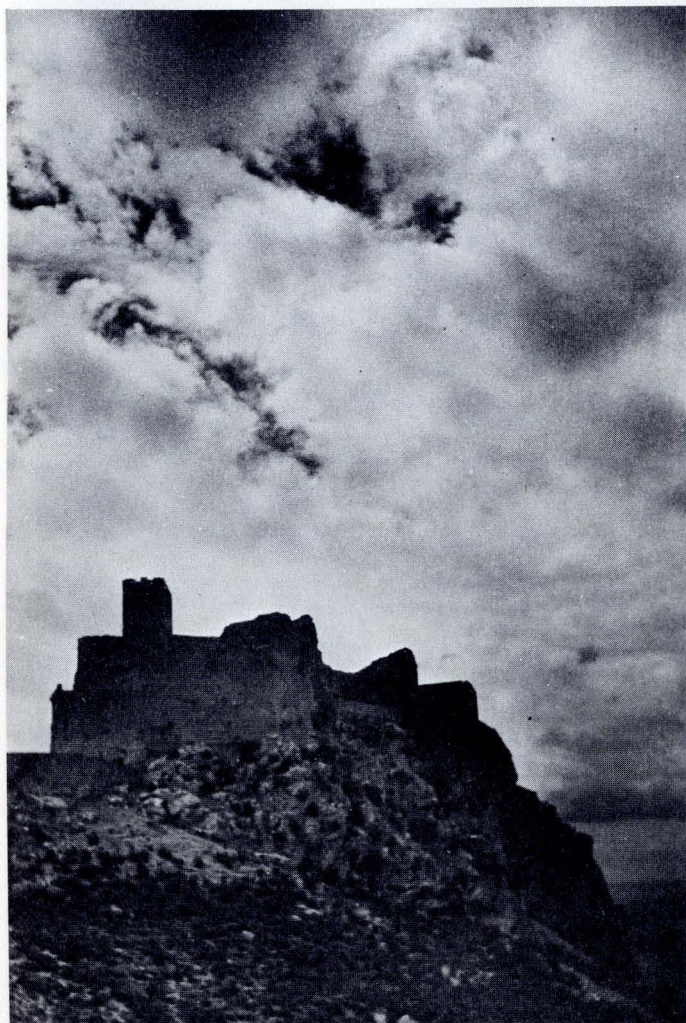
*Abside y fachada Este*



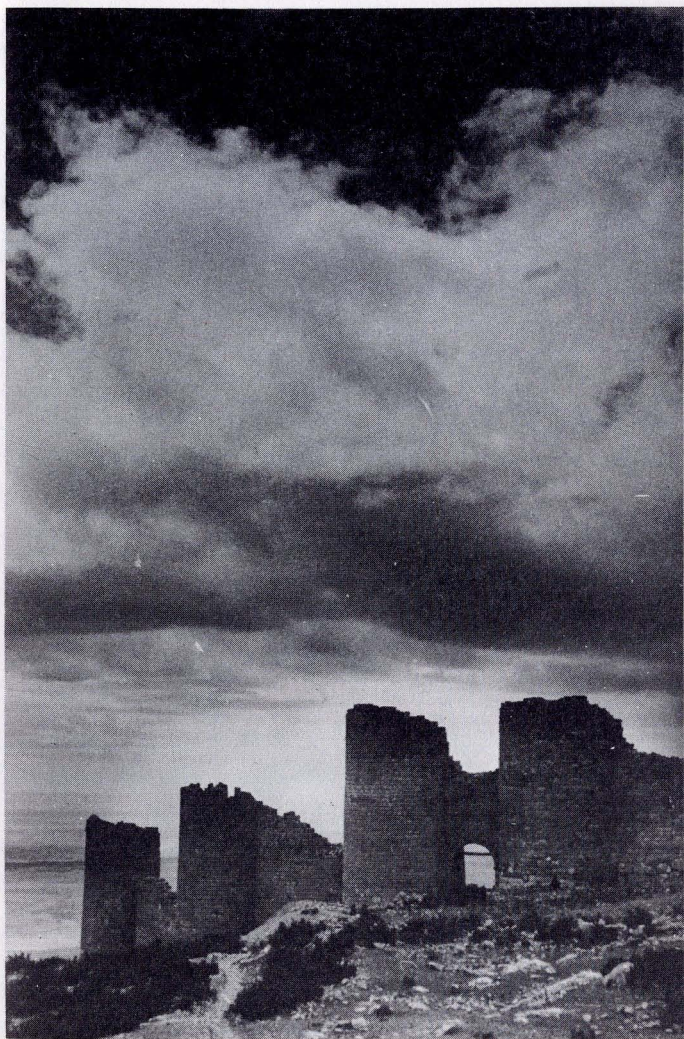


*Abside y fachada Este*



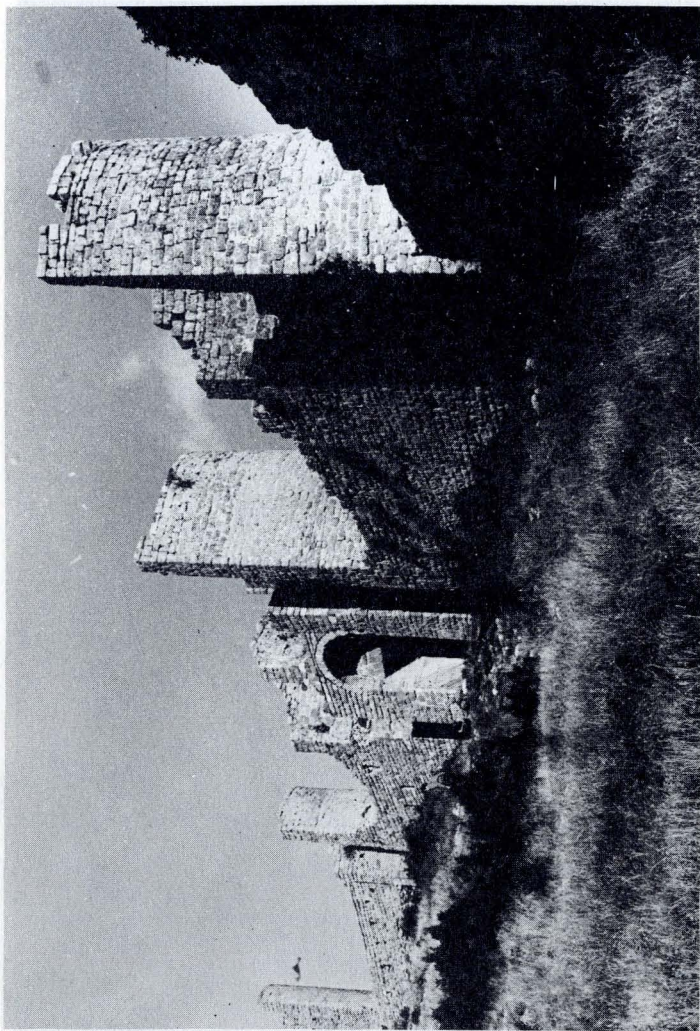


*Fachada Norte*

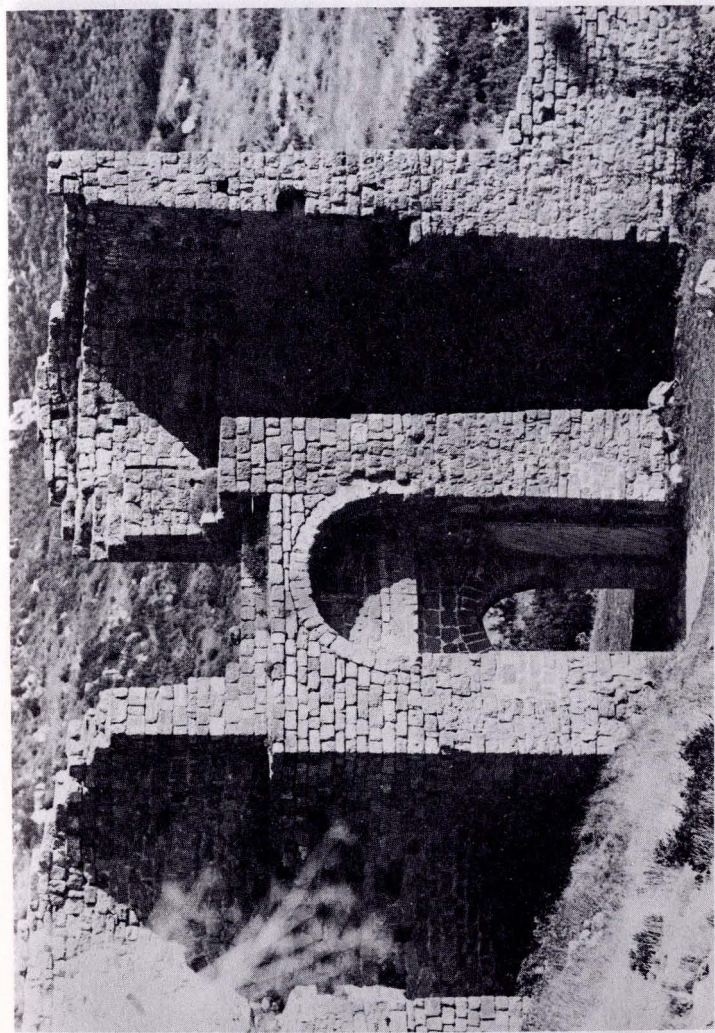


*Muralla exterior. Puerta del Este*





*Interior de la muralla del Este*

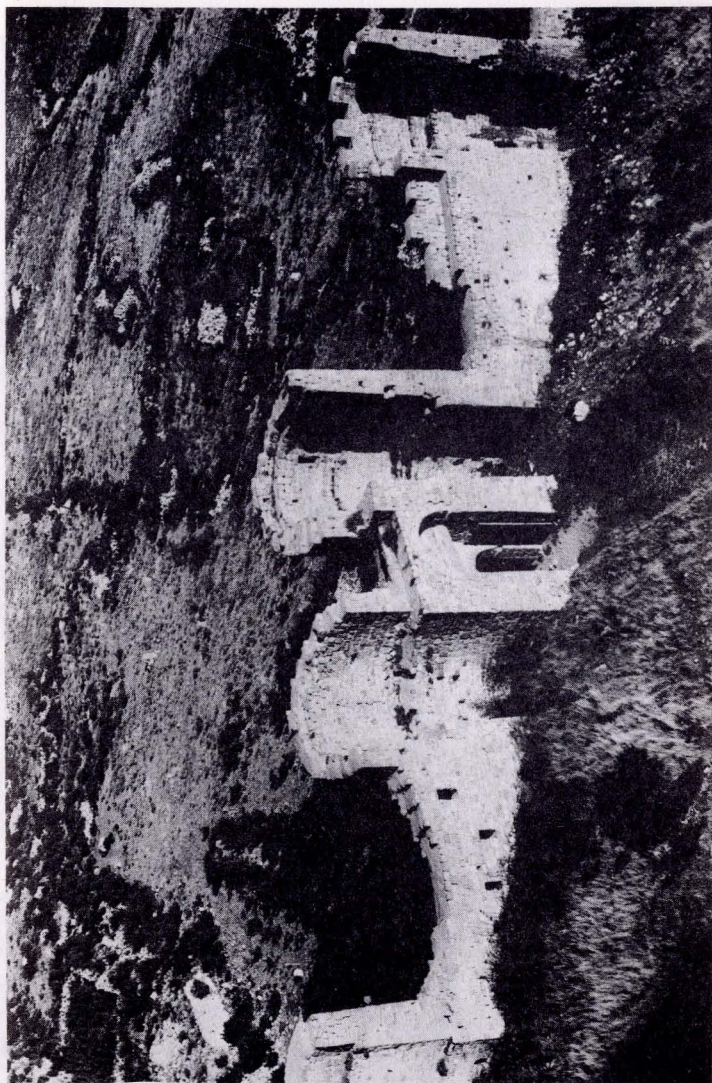


*Interior. Puerta del Este*



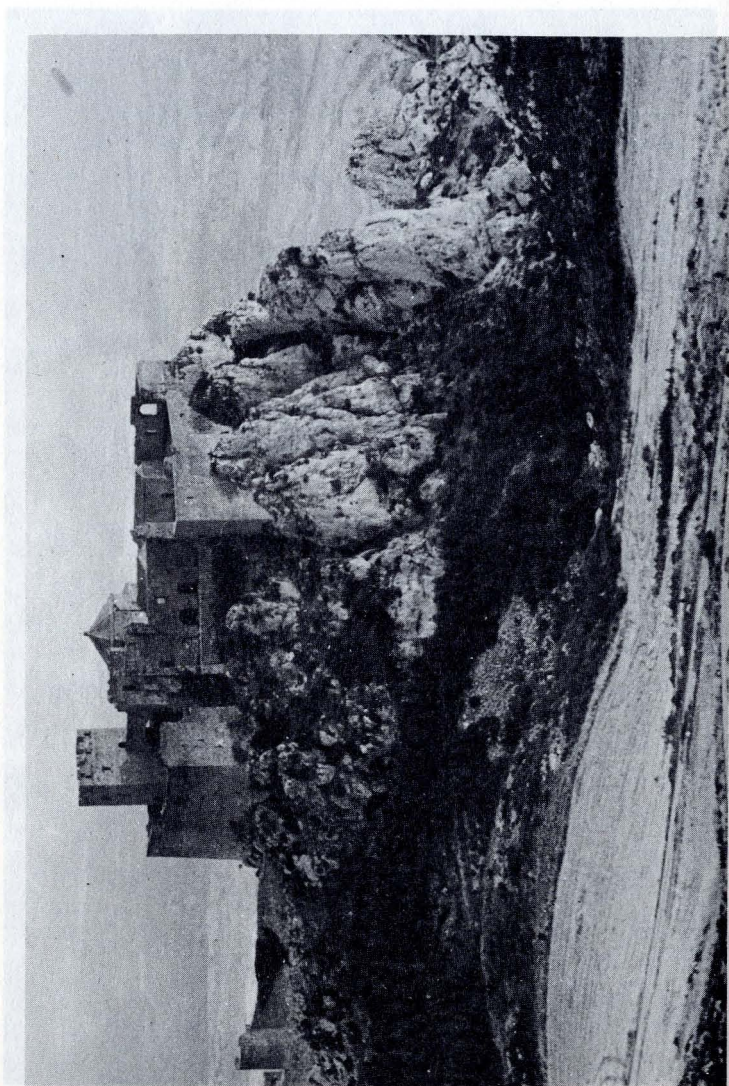


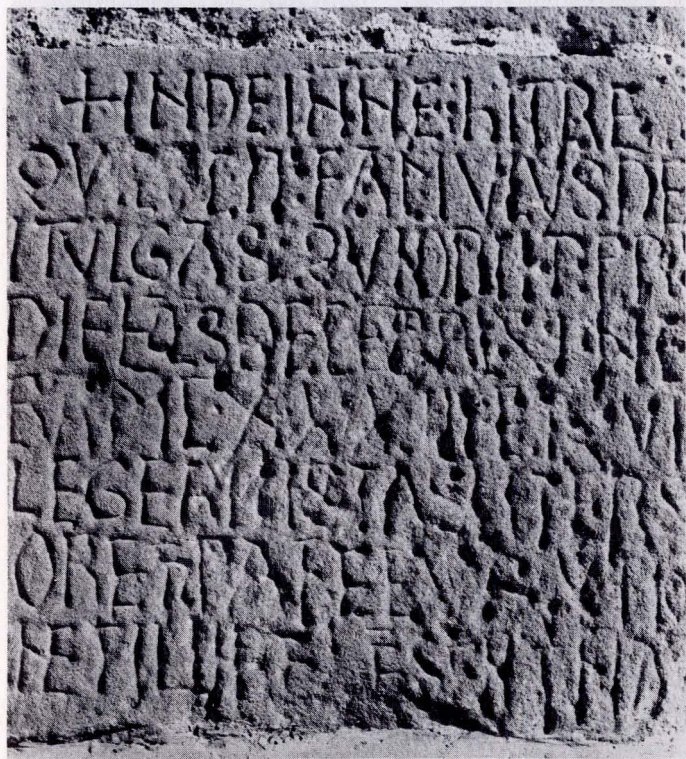
*Torreón de la muralla, vértice Sureste*



*Interior de la puerta Este*



*Fachada Oeste*

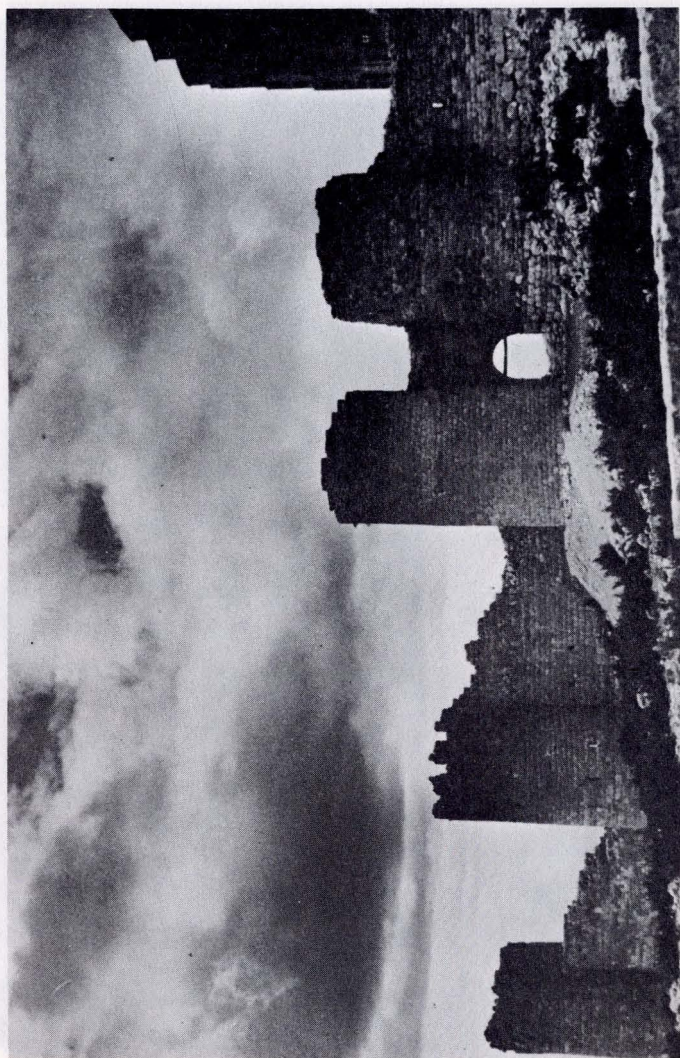


*Inscripción en la portada del castillo*





*Santa María del Castillo de Loarre*

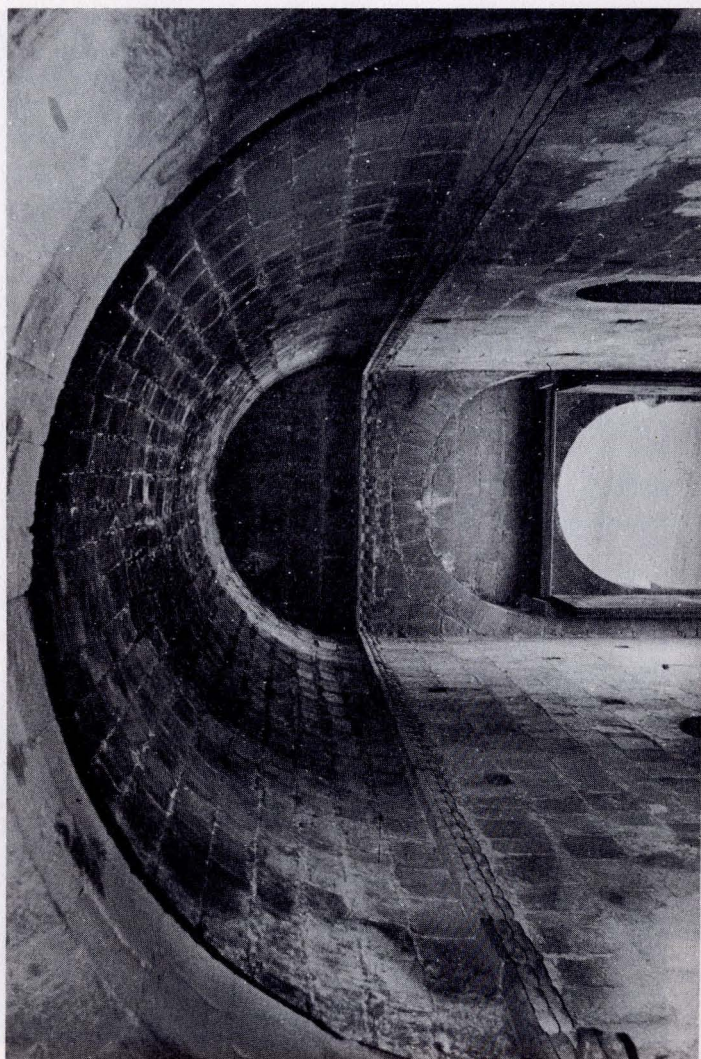


*Murallas, puerta del Este y ábside de la iglesia*





*Portada de la iglesia y palacio*



*Bóveda de la escalera de entrada a la iglesia y palacio*



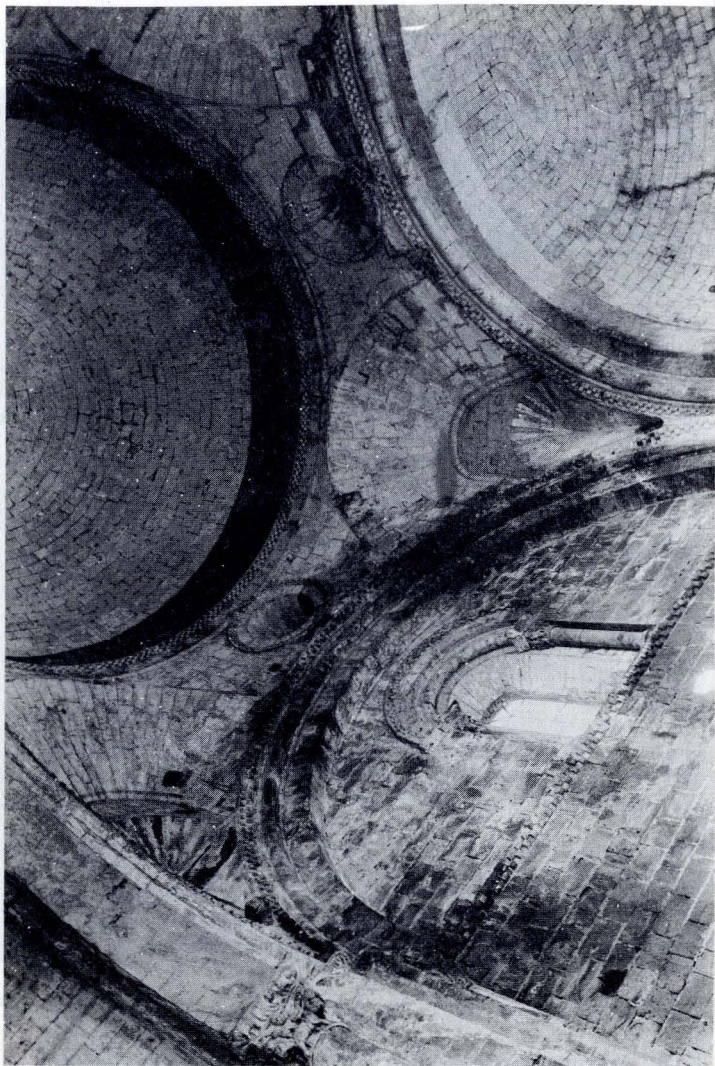


*Pasadizo a la iglesia*

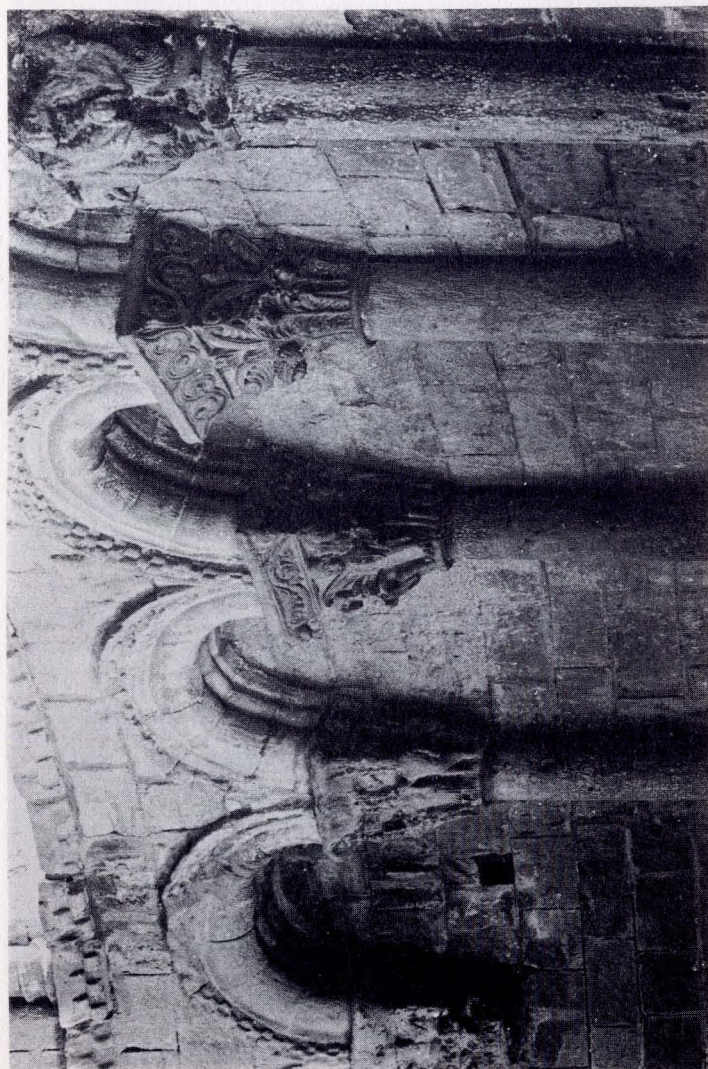


*Interior del ábside*





*Arcos torales, trompas y cúpula de la nave de la iglesia*



*Capiteles del interior del ábside de la iglesia*





*Capitel del ábside de la iglesia*

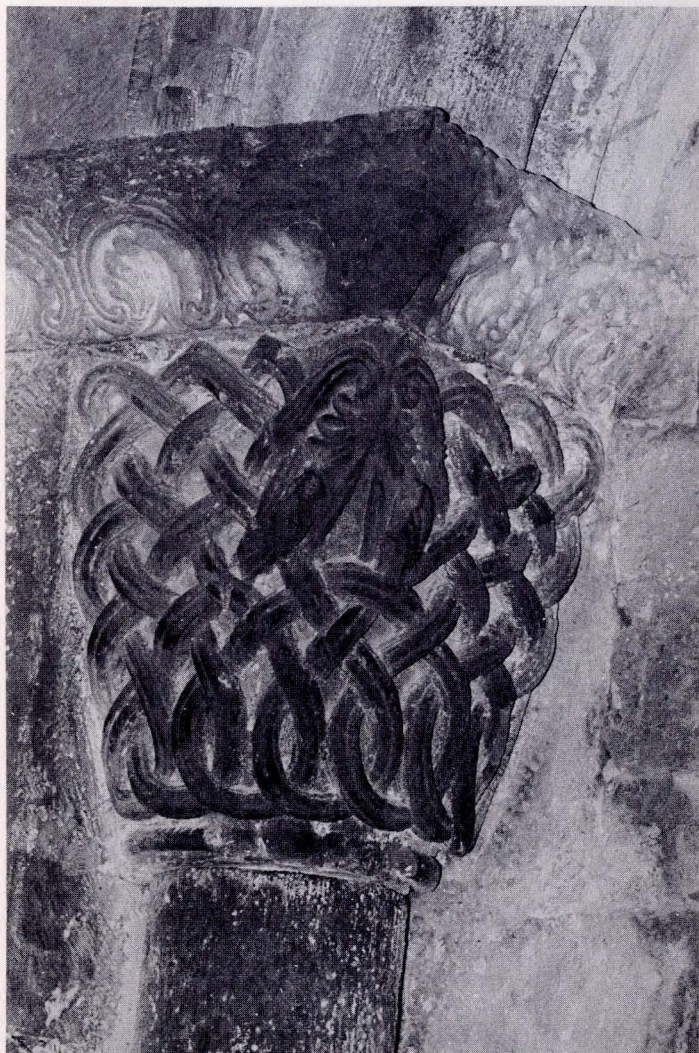


*Capitel, ábside de la iglesia*





*Capitel de la portada de la iglesia. Lado derecho*



*Capitel, ábside de la iglesia*





*Capiteles de ventanal, exterior de la cúpula*



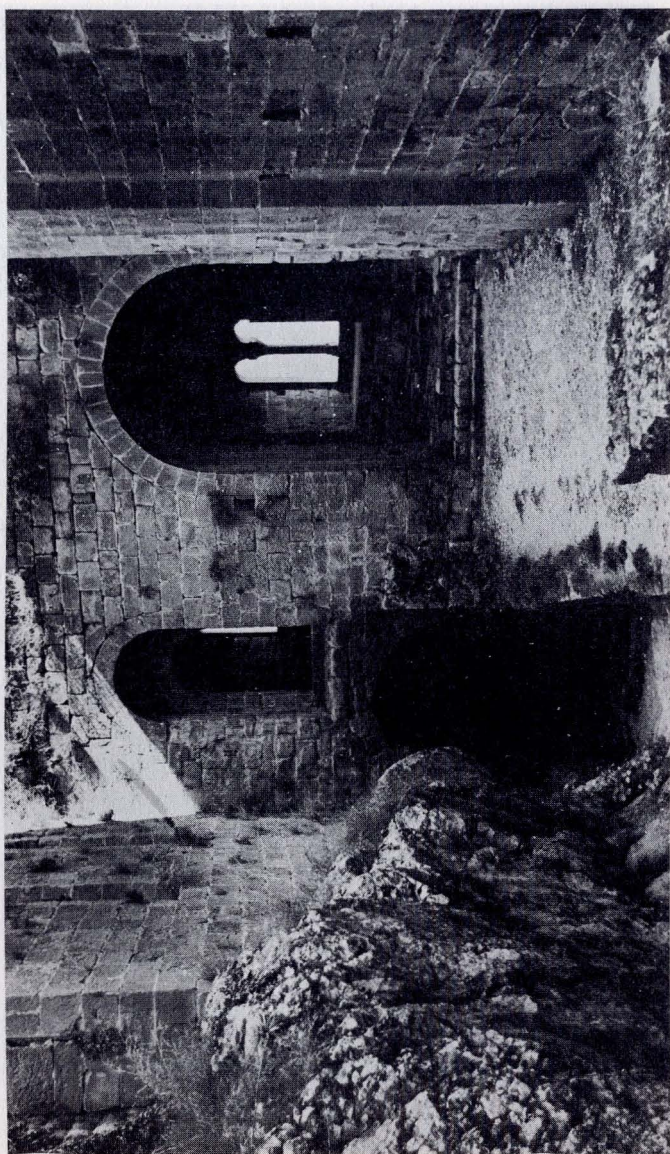
*Torreones del Homenaje, del Aljibe y Cúpula*





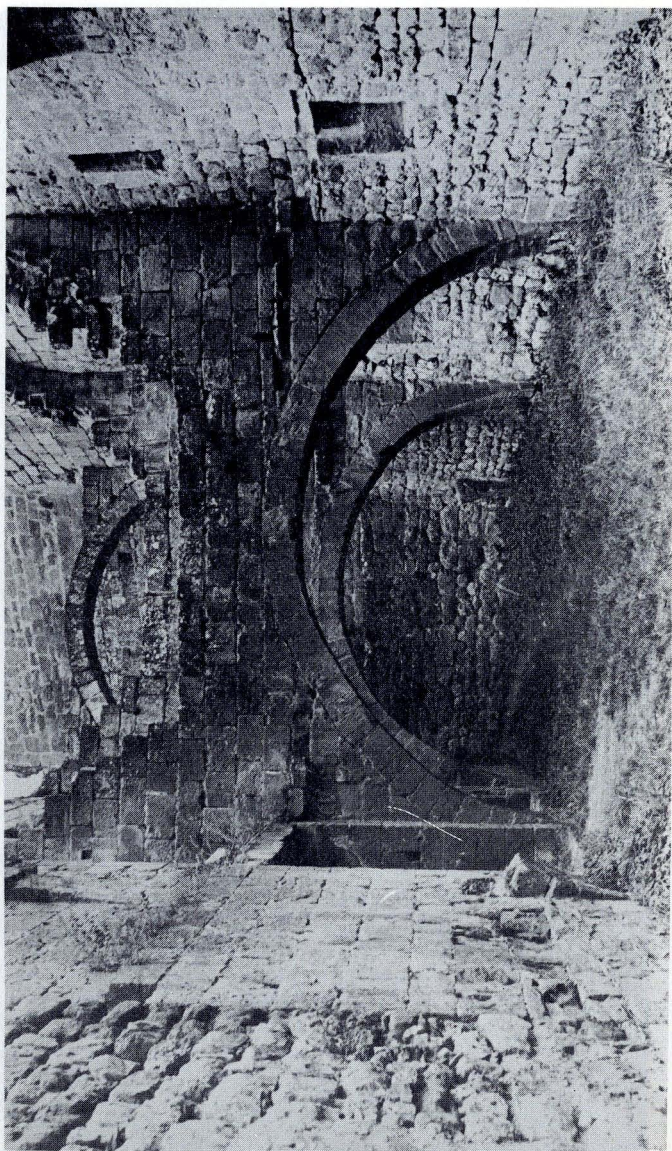
*Torreón de la reina, antes de la restauración*





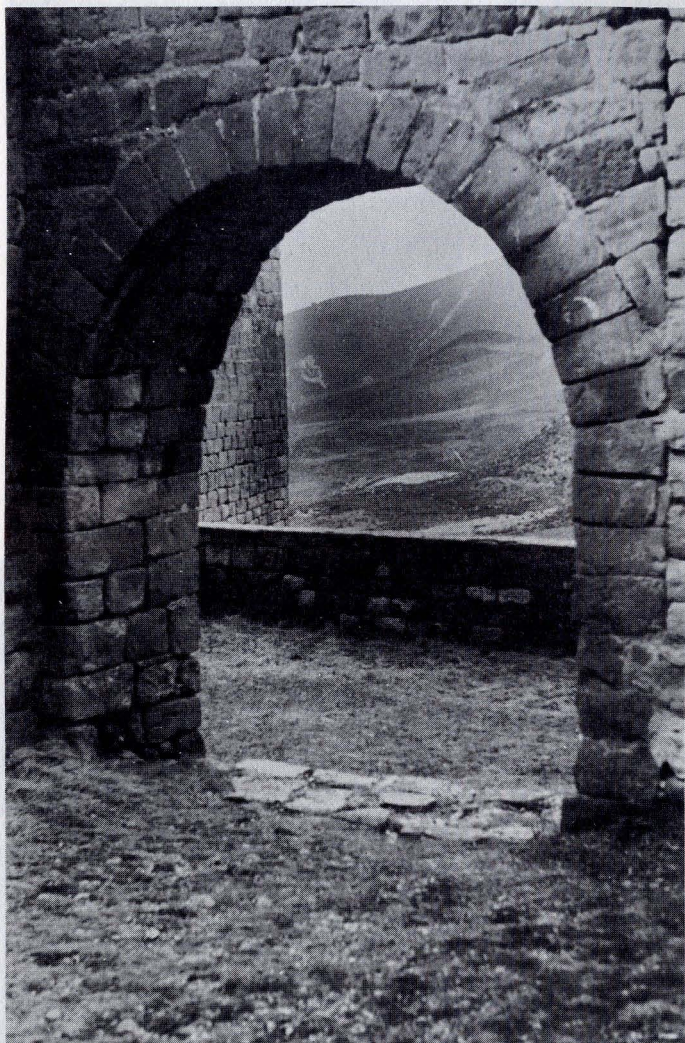
*Ventanal ajimezado*





*Arcos de plantas inferiores*





*Arco de la planta superior*





*Arqueta de San Demetrio*

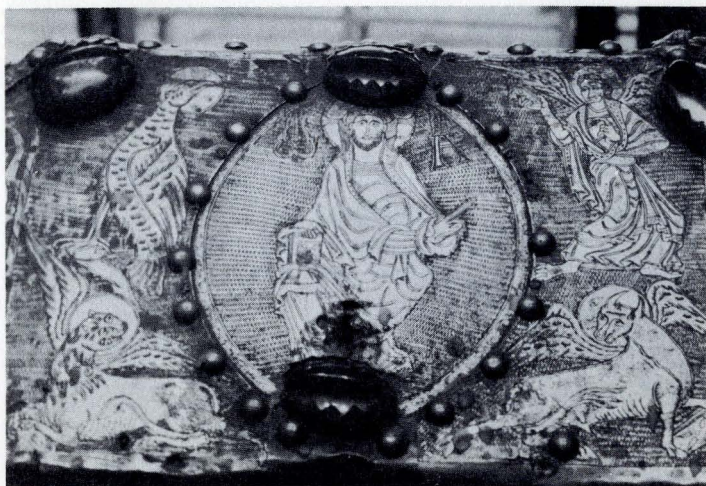
*Tapa: Cristo resucitado*



*Arqueta de San Demetrio*

*Caja: Dos apóstoles*





*Arqueta de San Demetrio*

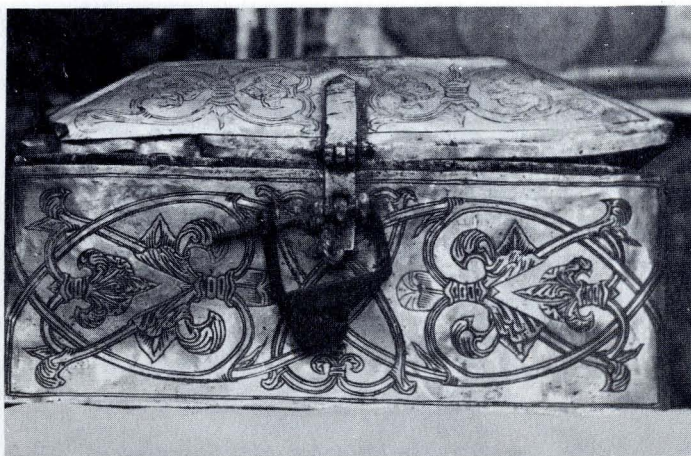
*Tapa: Pantócrátor*



*Arqueta de San Demetrio*

*Caja: Dos apóstoles*

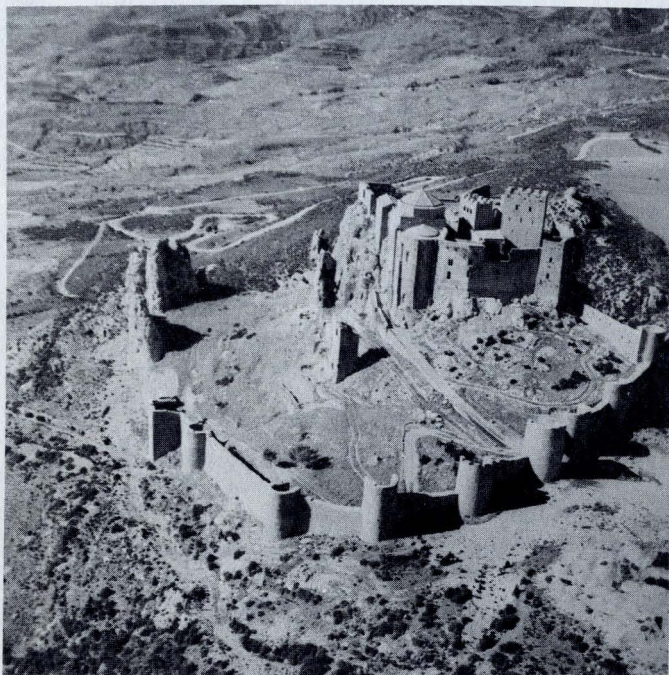




*Arqueta relicario*

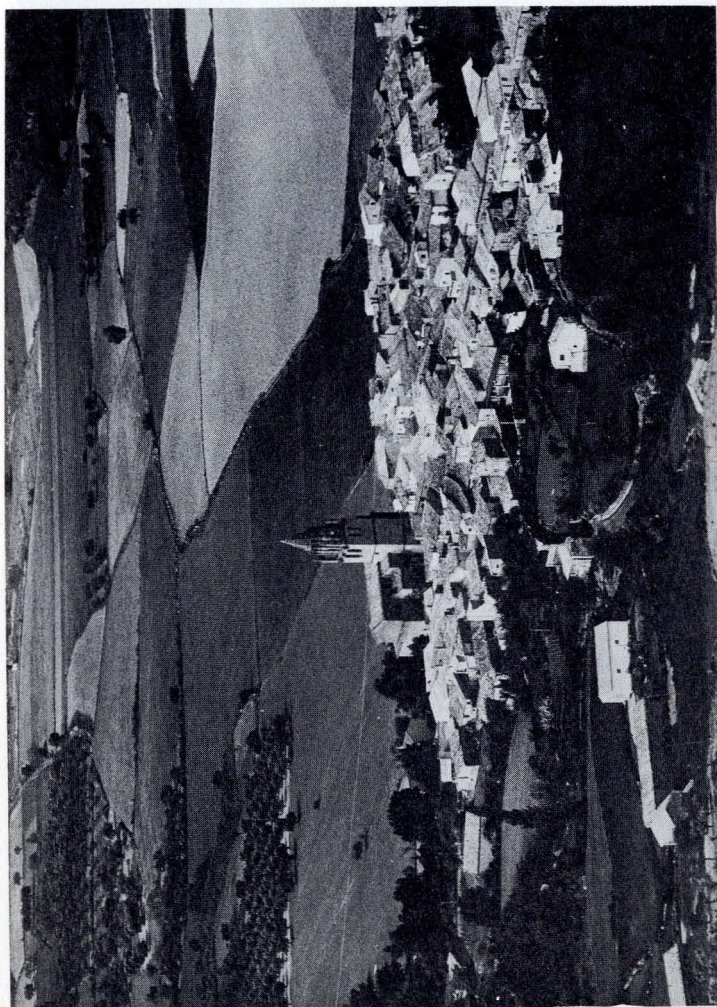


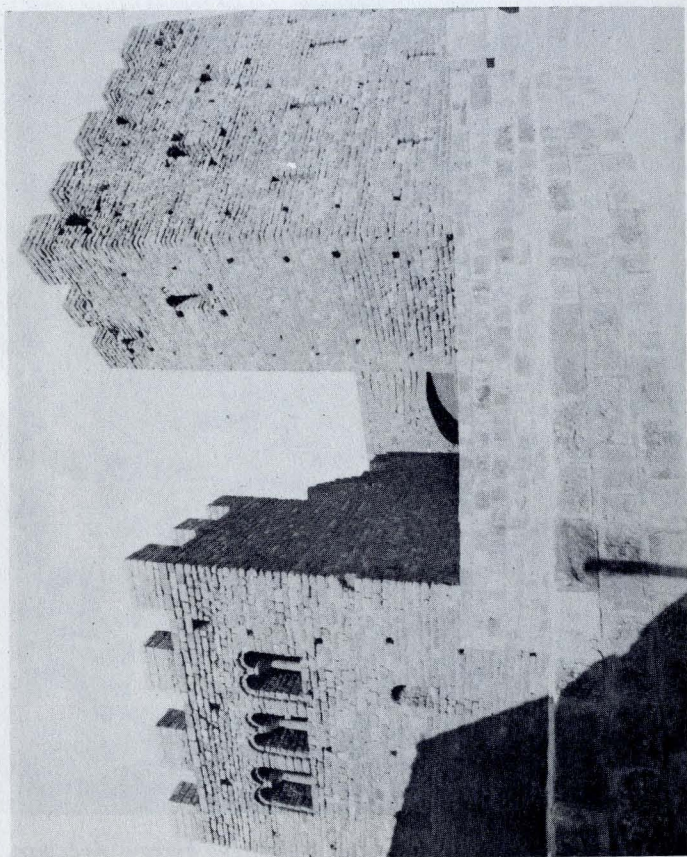
*Puerta de la cripta. Crismón*



*Vista general*

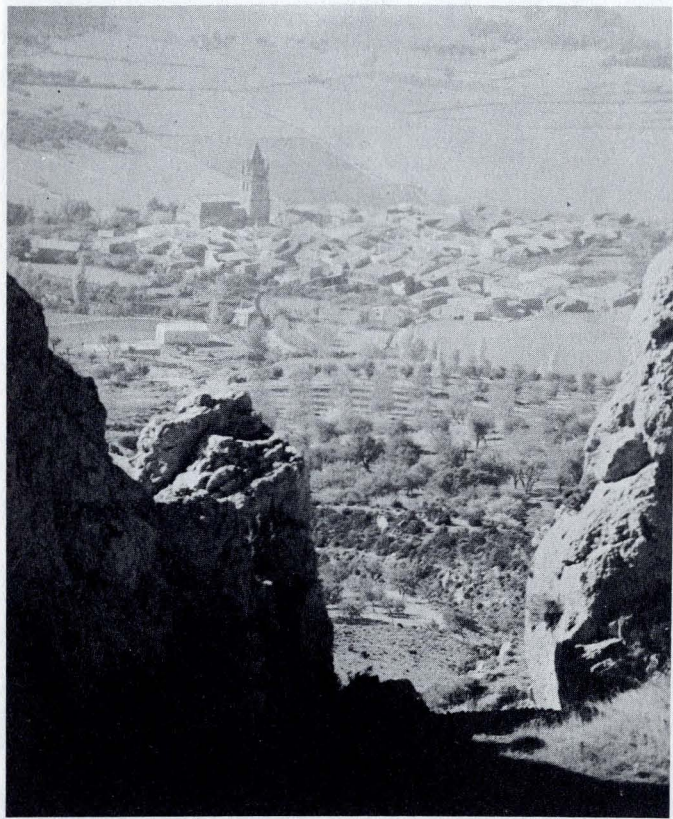


*Loarre*



*Las torres, restauradas*

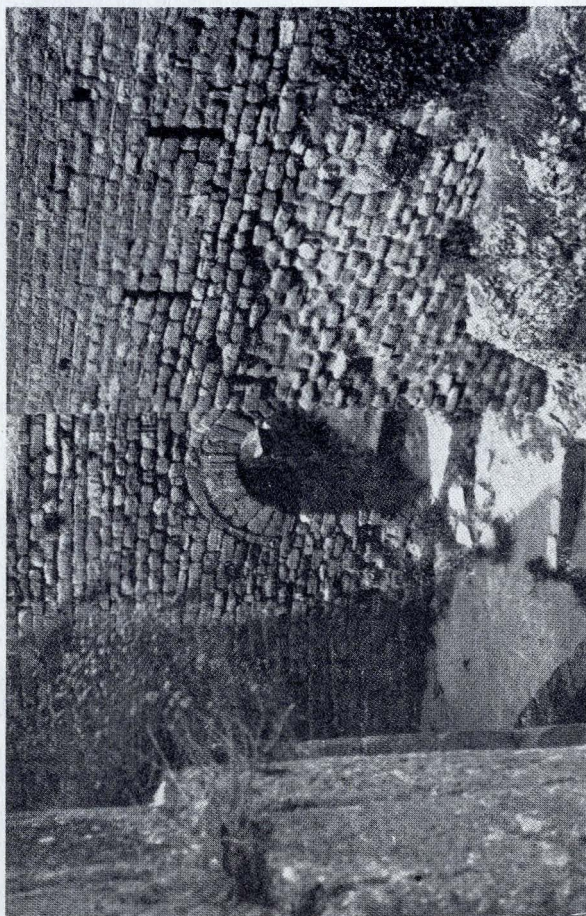




*La villa —antiguo burgo— de Loarre*







*Puerta del castillo prerrománico*

# Indice

Prólogo .....	7
<b>I. Historia .....</b>	<b>11</b>
Primera época del castillo .....	11
Los orígenes .....	11
De Ramiro I a Pedro I .....	13
El monasterio de San Pedro .....	15
Política del rey Sancho Ramírez .....	15
El monasterio de San Andrés de Fanlo .....	18
El monasterio de Loarre .....	19
Desavenencias entre el rey y el obispo- infante .....	22
Jimeno, abad de Fanlo y de Loarre .....	24
El monasterio de Montearagón .....	25
El castillo secularizado .....	28
Población de Loarre .....	30
El castillo en el siglo XIII .....	31
Loarre y Jaime II .....	36
El privilegio de Alfonso IV .....	39
Pedro IV y Loarre .....	40
Segunda venta de Loarre .....	44
Loarre por el conde de Urgell .....	45
La baronía de Loarre .....	52
El municipio .....	55
La parroquia .....	56
Los relicarios del castillo .....	58





## COLECCION BASICA ARAGONESA

### *Títulos aparecidos*

1. Alfonso el Batallador  
por José María Lacarra
2. Ramiro I de Aragón  
por Antonio Durán Gudiol
3. La Bandera de Aragón  
por Guillermo Fatás Cabeza  
y Guillermo Redondo Veintemillas
- 4/5. Arte Mudéjar Aragonés  
por Gonzalo M. Borrás Gualis
6. El Rey Sancho Ramírez  
por Domingo Buesa Conde
7. Aragón y su Derecho  
por José-Luis Merino y Hernández
8. Geología de Aragón: rocas y fósiles  
por Eladio Liñán y Leandro Sequeiros
9. Caesaraugusta, ciudad romana  
por Javier Arce
- 10/11. Pintura gótica aragonesa  
por Fabián Mañas Ballestín
- 12/13. Introducción al folklore aragonés (I)  
por Antonio Beltrán Martínez
- 14/15. Historia de la prensa aragonesa  
por Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell
16. Historia de Alquézar  
por Antonio Durán Gudiol
17. Las Cortes de Aragón en la Edad Media  
por Esteban Sarasa Sánchez
18. Zaragoza, ciudad visigoda  
por Luis García Iglesias
19. Pintura contemporánea aragonesa  
por Federico Torralba Soriano
20. Fernando II y el Reino de Aragón  
por Guillermo Redondo Veintemillas y Luisa Orera Orera
21. Aragón y el carnaval  
por Josefina Roma Riu
- 22/23. Introducción al folklore aragonés (II)  
por Antonio Beltrán Martínez



24. La Revolución de 1868 en el Alto Aragón  
por Alberto Gil Novales
25. La pintura aragonesa en el siglo XVII  
por José Luis Morales y Marín
26. Los límites diocesanos en el Aragón oriental  
por Eladio Gros Bitria
27. Teruel en la Edad Media  
por Domingo J. Buesa Conde
- 28/29. Fauna de Aragón: Las aves  
por Adolfo Aragüés y Javier Lucientes
30. Iconografía e iconología en el arte de Aragón  
por Santiago Sebastián
31. El castillo de Loarre  
por Antonio Durán Gudiol

colección básica aragonesa / 31



guara editorial